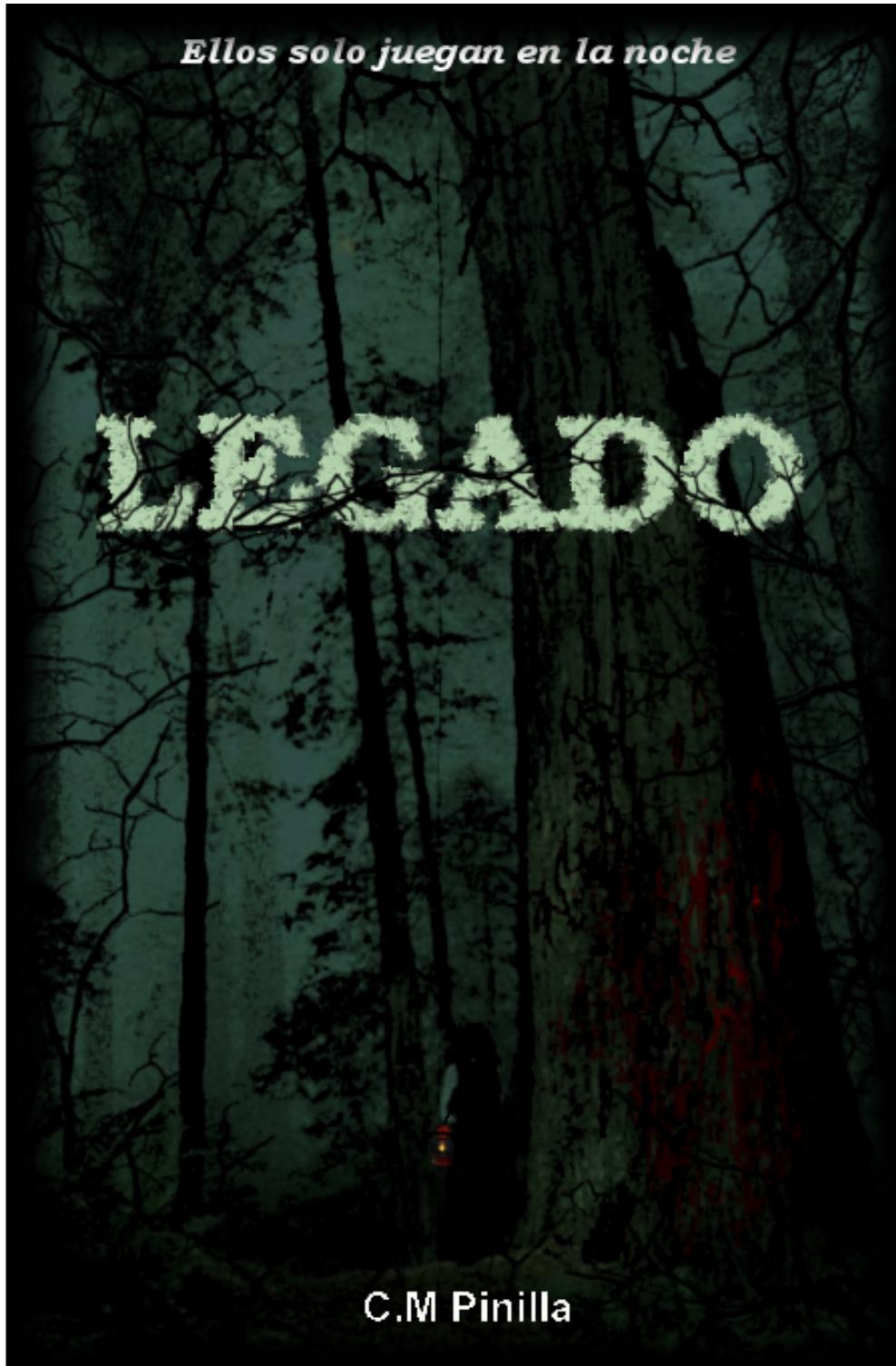


Legado

Christian Mauricio Pinilla



Capítulo 1



En un solitario paraje, rodeado por bosques majestuosos, permanece la maestra Natalia Peralta, sentada a la sombra de un pequeño árbol que no

supera los tres metros de altura, y de cuyas ramas se desprende el refrescante rocío que la relaja hasta el punto de casi perder la conciencia, abstraída en un mundo de infinita quietud. Sin embargo, un súbito cambio en el ambiente hace que se estremezca, causándole una repentina aflicción, muy distinta al dilema que la llevó a alejarse de todo y de todos para meditar al respecto en aquel diminuto claro, preguntándose una y otra vez si sería posible dejar atrás todo lo que conoce para marcharse rumbo a una desconocida ciudad, siguiendo a quien cree amar. Esta nueva sensación no se relaciona con dicha duda, es algo más sombrío, quizás ajeno a su entender, pero imposible de pasar por alto. El cálido cobijo del sol parece desvanecerse mientras crece la sensación de angustia, que le oprime el pecho sin razón; en su mente solo logra evocar recuerdos carentes de lógica, imágenes de lugares que jamás visitó, de personas que jamás conoció, de funestos sucesos que nunca llegó a vivir. En poco tiempo se ve saturada por un sin fin de pensamientos abstractos, y se levanta dispuesta a emprender el camino de vuelta al orfanato de San Sebastián, que le ha servido de hogar y sustento desde la niñez. Pero la irregularidad de sus pasos la lleva por un camino desconocido, que en cuestión de segundos deriva en la ribera del río Origo, en cuya orilla encuentra una extraña formación que a simple vista parece estar compuesta por un montón de hojas secas y ramas de árboles marchitos, pero que toma forma a medida que se acerca. El repulsivo aroma emitido por dicho montículo obliga a la instructora a retroceder por un instante, tras el cual se aproxima aún más que antes, notando en medio del fango la silueta de un rostro humano. Sin dudar lo continúa acercándose, guiada por la lejana visión de muerte que se confirma en cuanto aparta del inerte cuerpo los desechos que lo cubrían, y logra constatar que los restos pertenecen a un niño que no supera los diez años de edad, quien al parecer había fallecido varios días atrás.

No pierde un solo minuto, llevada por una esperanza ilusoria arrastra el cuerpo fuera del agua y busca con afán la forma de hacer que despierte, pero resulta inútil, tan solo es un despojo, el residuo de una trágica existencia.

Aún consternada, se sienta junto al cuerpo, dándole la espalda para evitar ver su rostro demacrado, al mismo tiempo que reflexiona con la mirada perdida en el vacío. Mientras permanece en este lugar, intentando contener las lágrimas, el río aumenta su caudal con las primeras gotas de lluvia; promete ser una vasta tormenta. Es entonces cuando entiende que no puede quedarse allí por mucho tiempo; tiene que dar aviso, tiene que llevar la noticia a quien pueda ayudarlo a llevar el cuerpo hasta el pueblo más cercano, donde ha de ser sepultado, para que el alma inocente de quien no merecía ser víctima de la fatalidad logre descansar en paz. Empapada de pies a cabeza, y agotada por haber llevado a cuestas tan enorme carga emocional, la maestra se dispone a partir, pero en cuanto intenta levantarse el niño la toma por los hombros con un súbito movimiento, obligándola a caer de espaldas, para luego saltar sobre ella.

El pequeño agresor repite una y otra vez frases ininteligibles, sin sentido alguno, manteniendo en todo momento sus ojos cerrados, a la vez que presiona con fuerza descomunal el cuerpo de Natalia contra el suelo. El creciente pánico mengua las energías de la instructora, no puede moverse, no puede escapar, emite tenues gemidos llenos de sufrimiento que aumentan su intensidad a la par del nivel del río. Antes de perder la conciencia, lanza un grito ensordecedor que retumba en los alrededores, al mismo tiempo que un estruendoso relámpago corta el firmamento, eclipsando la súplica de la aterrorizada mujer, y sembrando la duda entre quienes logran percibir el singular sonido.

Horas más tarde, la maestra despierta en la enfermería del orfanato de San Sebastián. En dicho lugar, sentada sobre una rechinante camilla, permanece unos cuantos minutos, siendo aún presa del pánico, el mismo que poco a poco se extingue en cuanto logra percatarse de que se encuentra en un lugar seguro. Haciendo un gran esfuerzo baja del oxidado catre, y ya un poco más tranquila, da algunos pasos rumbo a la salida, hasta detenerse en frente de una estrecha cama, sobre la cual reposa el niño que había encontrado junto al río durante la mañana, y quien luce bastante diferente: toda la maleza que le cubría fue removida, y aquel inquietante olor a muerte se desvaneció.

Ella lo observa perpleja, y un poco temerosa, mas no tarda demasiado en comprender que no puede sentir ningún rencor hacia él, aun cuando pareciera haberla atacado sin razón, puesto que ante sus ojos solo se manifiesta el rostro inocente de un niño, alguien que no es merecedor de su odio. Mientras Natalia contempla al pequeño, el doctor Adolfo Fonseca ingresa en la habitación, y notando que la joven instructora ha despertado le pregunta:

—¿Cómo te sientes?

—Bien —responde ella de inmediato—, todavía me duele la cabeza, pero voy a estar bien...

—Bien, me tenías preocupado.

La maestra esboza una tenue sonrisa, tras la cual vuelve la vista hacia la camilla, y con voz entrecortada pregunta:

—¿Qué..., le pasa al niño?

—Bueno..., cuando lo trajeron creí que íbamos a tener que llevarlo al hospital, pero no encontré fracturas, y no creo que tenga daños internos, si tuviera algo grave ya lo habría visto, así qué..., aparte de algunos rasguños y moretones no hay nada de qué preocuparse, solo necesita descansar... Hasta podría despertarse en cualquier momento... —Adolfo se

quita sus lentes y los deja sobre una mesilla—, dime... ¿Qué pasó?

—¿Esperabas para preguntarme eso?

—Pues..., si, esto es lo más raro que ha pasado por aquí, al menos en lo que me acuerdo.

—Claro, debe ser —se frota los ojos con las yemas de los dedos, en medio de un gran bostezo—, te salvé de dormirte en el escritorio.

—Ya... —le da un empujoncillo con el codo—, no seas tonta, dime qué pasó.

Ella suspira, se masajea el cuello para disipar la tensión, y dice:

—Nunca me creerías, ni yo me lo creo.

—Con eso solo consigues que me interese más.

Natalia no contesta.

—Solo dime... —insiste Adolfo—, inténtalo al menos..., creo que puedo entenderlo.

—Bueno..., es que no estoy muy segura de lo que pasó.

—¿De qué te acuerdas?

—Cuando... —traga saliva—, cuando lo encontré parecía..., muerto..., y luego estaba sobre mí, me saltó encima.

—¿No crees que exageras? Quizás solo fue un reflejo involuntario, no creo que 'saltara' sobre ti... Creo que solo tembló —hace el ademán de atacarla con los dos brazos estirados, burlándose de ella.

—Eres un cabrón —señala sonriendo, mientras se cruza de brazos—, no ibas a creerlo, me das la razón.

—No es eso, lo único que digo es que creíste ver más de lo que de verdad pasó, esas cosas pasan cuando alguien se estresa tanto como tú... ¿No crees?

Natalia baja la vista y se toma la frente con ambas manos, para luego responder con evidente descontento:

—Si..., eso debe ser.

—Ahora tienes que descansar —dice Adolfo, besándole la frente—, has tenido un día muy agitado... Te espero en la habitación... ¿De acuerdo?

—Si..., está bien.

—¿Sabes? No me importa que estés un poco loca, todavía te amo.

—Bien por ti.

Tras la inesperada respuesta se miran fijo, tratando de evitar estallar en risas, hasta que Adolfo choca tres veces sus talones y hace una reverencia, para después marcharse tranquilo. Natalia exhala con fuerza en cuanto éste deja la habitación, y luego continúa reflexionando acerca de lo sucedido en la mañana, acariciando el dije que cuelga de su cuello, el que exhibe la silueta de un caricaturesco y rechoncho gato. Luego, comienza a divagar; al menos tres ideas distintas se disputan su atención, al menos tres momentos del pasado, momentos incómodos, fusionados con anhelos de lo que ella hubiese querido decir o hacer en aquel entonces. «¿Me lo imaginé, de verdad?», repasalos sucesos en el río, como si volviera allí, aunque reemplazando algunos detalles para acomodarlos a una versión más realista, «Pero si no ha pasado ni un día... ¿Cómo no iba a acordarme?». En el niño se fija de nuevo, en cada respiro, en el movimiento de sus parpados, que parecen oscilar entre sueños. «Es muy joven, y creí que estaba muerto, eso me alteró», se convence poco a poco de su aventurada conclusión, siendo la más conveniente, pues de otro modo no conseguirá superar el episodio. «Pero el olor fue real, algo como eso, no me lo hubiera imaginado nunca». Un pequeño estirón de sus brazos, y un último bostezo, sellan las reflexiones, que arrojaron una versión matizada de los hechos; convertirla en recuerdo será una ardua tarea para su mente, aunque no necesita pensar en ello para que ocurra. No obstante, aún queda una duda, una que solo hallará resolución cuando el niño logre despertar. Hasta entonces debe ser paciente, pues solo él podrá despejar las dudas concernientes a su procedencia.

La espera, sin embargo, se alarga demasiado: tanto ella como Adolfo pasan largas horas junto al recién llegado, esperando verlo mejorar, ver señales de consciencia mayores a los ligeros espasmos que muestra en ocasiones. La condición de su único paciente resulta bastante extraña para el doctor, que nunca antes debió lidiar con algo parecido; pasaron tres días con sus noches desde la tarde en la cual el destino llevó hasta sus manos al pequeño, que ha permanecido desde entonces inmerso en un sueño profundo y colmado de sufrimiento, como lo evidencia la expresión de su rostro. Sus heridas han sanado ya, y parece gozar de buena salud, pero su cuerpo se niega a reaccionar; es sin duda una situación que supera con creces las capacidades del inexperto médico.

En poco tiempo, todos los habitantes del humilde hospicio se enteraron de lo ocurrido. Debido a esto, la maestra que había protagonizado aquel

incidente se vio forzada a evadir en más de una ocasión las insistentes preguntas de sus estudiantes. Por otra parte, quienes ya conocían la verdad no podían evitar acercarse con cierta frecuencia al dispensario, donde reposaba el niño, algunos llevados por una auténtica preocupación, otros solo motivados por una morbosa curiosidad; algo comprensible en ambos casos, dado que se trató de un suceso que rompía con sus soporíferas rutinas. San Sebastián no es un sitio muy grande, tan solo un grupo de cabañas mal cuidadas, muchas de ellas reconstruidas tras casi cinco décadas de abandono. Por arboles y maleza rodeadas, son un amasijo de vivencias y rechinantes maderos, 'ese lugar en el bosque' del que hablan quienes llevan allí niños sin hogar desde pueblos cercanos, siempre acompañados por pequeños pero útiles donativos. Clases poco inspiradas, juegos repetitivos, y tardes apacibles, son lo común en el hospicio, donde el tiempo parece haberse detenido. Mas todo ello pasa a un segundo plano la tempestuosa mañana en que despierta el visitante, tras siete días.

De inmediato, el doctor realiza los análisis de rutina, mientras el pequeño permanece sentado sin moverse ni mostrar interés por las indicaciones del médico, que termina por ser quien lo mueve de un lado a otro con el fin de verificar su estado. En frente de la diminuta habitación, cuyas ventanas se encuentran cubiertas por gruesas cortinas grisáceas, hay gran algarabía: todos los presentes, incluyendo a Natalia, abandonaron sus labores, y atiborrando el entorno buscan siquiera percibir algún sonido que les lleve a entender lo que ocurre en el interior. Es todo un acontecimiento, lo más interesante que ha ocurrido en más de once años.

En medio del riguroso examen, Adolfo se dispone a revisar los ojos del pequeño, y aun cuando en principio todo parece normal, nota un brillo inusual que llama su atención, algo en esa mirada que le produce incomodidad; este sentimiento se transforma en pánico cuando los ve de cerca, cuando en ellos halla un inquietante reflejo que le hace retroceder, golpeando su espalda contra un estante, del cual se desploman varias botellas de vidrio que estallan en diminutos fragmentos al contacto con las firmes baldosas del suelo.

El repentino estruendo sorprende a quienes se encuentran expectantes junto a la puerta, y al amparo de la duda, irrumpe en el cuarto la directora Carmen Villa, quien viendo al atemorizado médico junto a los cristales rotos le interpela sobre lo ocurrido. Éste tarda unos cuantos segundos en sobreponerse, la observa boquiabierto sin comprender lo que dice, pero poco a poco se tranquiliza e intenta dar un pequeño resumen del examen médico.

La directora, corpulenta mujer de recio semblante, finge escucharlo sin mostrar mucho interés en las palabras, ya que no las entiende, además su atención está puesta en el niño que se tambalea cabizbajo sobre la camilla; se conforma con cualquier cosa que diga Adolfo, espera a que

termine de hablar, y luego le indica que debe presentarse en su oficina una vez concluidas las clases de la tarde. Hecho esto, se dirige a la entrada y ordena a todos los presentes retomar de forma inmediata sus labores, pues habiendo saciado ya su carácter inquisidor no está dispuesta a permitir que otros descuiden el trabajo o el estudio por las mismas razones. Entre murmullos se ve obligada a repetir sus órdenes, y el lugar comienza a despejarse; ella aguarda hasta ver partir al último de los curiosos, y deja el dispensario para dirigirse a su oficina, dando por terminado el episodio.

Después de transcurridos algunos minutos, Natalia regresa; entre sus manos lleva uno de los uniformes que suelen utilizar los niños del lugar, y en su mente la certidumbre de encontrar la respuesta que anhela. Dentro de la enfermería halla un escenario similar al visto por la directora, puesto que Adolfo continúa inmóvil junto al estante, mientras el niño, aún sentado en la camilla, parece estar a punto de caer dormido. Ella se acerca tras dejar el uniforme sobre una silla, y en forma despreocupada intenta comunicarse con el enigmático visitante.

—Hola, yo soy Natalia ¿Cómo te llamas? —dice mostrándose afable.

Ante esta inocente pregunta, el niño levanta la vista, y observándola fijamente grita con todas sus fuerzas, haciéndola retroceder. Ella queda petrificada a un lado de Adolfo, que la rodea con los brazos hasta que cesa el fugaz estrépito; solo es un instante, que se percibe extenso, y nadie más parece escucharlo. Luego, aquel extraño personaje da media vuelta para recostarse, dándoles la espalda.

La joven pareja deja el recinto, y una vez en el pasillo, Natalia se marcha bastante ofuscada, sin decir una sola palabra. Mientras tanto, Adolfo va directo al lavabo, donde tras bañarse el rostro con abundante agua observa su imagen en el espejo, buscando el coraje para regresar a su sitio de trabajo; sabe que debe volver, pero no deja de pensar en la oscura sensación que se gestó en lo más profundo de su ser en cuanto vio de cerca aquéllos ojos negros y vacíos, los que por un instante parecieron mostrarle el momento mismo de su muerte.

Después de dudarle durante un tiempo considerable, decide retornar al consultorio, donde la tensión que inundaba el ambiente parece haber menguado. El pequeño duerme tranquilo, alejado de las turbulentas pesadillas que le agobiaban días atrás. En ese instante, el doctor se ve invadido por la culpa: se había dejado llevar por miedos infundados, descuidando a su paciente. «¿Qué le habrán hecho para que se comporte así?», diversas posibilidades, todas ellas nefastas, se aglomeran en su imaginación, «Se supone que debo ayudarlo, a eso me dedico..., se supone». Sonríe, y en forma diligente comienza a limpiar el desorden causado por su temor irracional. Después apaga las luces, y tras cerrar la puerta sale en busca de Natalia, quien, según recuerda, se encuentra

bastante alterada. Con prontitud se dirige al derruido quiosco donde suelen comer juntos, alejados del alboroto causado por los juegos de los infantes, y como siempre, la encuentra allí, con una taza de café en la mano y un desalentador gesto de ansiedad el rostro.

—¿Cómo estás? —pregunta él, sentándose a su lado.

La maestra no responde de inmediato, pero después de un sorbo de café, rehúye el cuestionamiento con otra pregunta:

—¿No te parece que hay algo muy extraño en él?

—Sí..., hay muchas cosas, muy extrañas en él.

—No sé que pueda ser —agrega ella—, cada vez que lo veo termino más confundida... Creí que podíamos preguntarle al menos cual es su nombre..., o de donde viene... Ya no sé ni que pensar.

—Si... —responde Adolfo, y tras dudarlo por un momento dice—: ¿Te..., puedo preguntar algo?

—No te lo puedo impedir —bebe otro sorbo.

—¿Viste, sus ojos?

—¿Qué pasa con ellos?

—No sé, creo que me estoy imaginando cosas..., pero había algo en ellos que no puedo explicar, algo que no debería estar allí.

—¿Ahora tú imaginas cosas? —pregunta Natalia con una sonrisa.

Adolfo ríe también, durante algunos segundos, para después dar un corto suspiro, seguido por un nuevo interrogante:

—Entonces... ¿Has pensado en lo que te dije?

—¿Qué? Hablas de muchas cosas.

—Ya sabes —la miró a los ojos—, nuestro viaje.

—No..., no, con todo esto... ¿Cómo voy a pensar con todo lo que pasa?

—Solo te hice una pregunta, puedes decir que si..., o puedes decir no.

—Para ti es muy fácil..., pero yo he pasado toda mi vida aquí... ¿Cómo me voy a ir así nada más? No conozco la ciudad de la que me hablas, ni sé si quiero vivir allí —se encoge de hombros—, no tiene nada de malo

quedarnos, no nos falta nada.

—Entiendo —dice el doctor mientras se recarga contra el espaldar de madera, que rechina al contacto, después toma una bolsa en la cual Natalia acostumbra llevar varios alimentos, y saca de ella una pera, la cual come con lentitud mientras contempla el despejado cielo en el horizonte. Por un momento ella llega a pensar que la conversación ha terminado, pero él la saca de su error cuando, sin moverse de su sitio, agrega—: ¿Te acuerdas de..., cuando éramos niños, y tratamos de robar el camión de Agustín?

—Eso fue hace mucho, ni me acuerdo porque lo hicimos.

—Queríamos buscar la madriguera del conejo.

—¡Oh si! —reacciona alegre—. El imbécil de Camilo decía que sabía dónde estaba, y yo le creí, y tú tenías miedo, y...

—Me dijiste «O vienes, o te olvidas de mi».

—¿En serio?

—Nunca se me va a olvidar.

—No me acuerdo de eso..., creo que estaba muy ansiosa.

—Igual yo..., aunque no creo que fuera por las mismas cosas... Pero al menos pude encender el camión, no se movió nunca pero lo encendí... El viejo estaba furioso, creí que iba a darle un ataque o algo parecido.

—Pero sigue aquí..., y parece que va a vivir mucho más que cualquiera de nosotros...

—Si..., siempre va a estar aquí —expulsa una pequeña bocanada de aire mientras ríe, luego aclara su garganta, y deja la pera a un lado—, ¿Qué pasó con todo eso? ¿Cuándo decidiste que no querías irte?

—Ya no somos niños, Adolfo, no podemos irnos de aventura.

—¿Por qué no? Sé que es difícil, sé que..., da miedo, también lo sentí cuando me fui. Pero ahora tenemos una oportunidad: allá no tienes que ser maestra, puedes hacer lo que quieras, puedes...

—¿Y quien dijo que no quiero esto?

—Es un decir, solo..., puedes hacer más con tu vida.

—¿Y los niños? ¿Quieres que los abandone?

—No se trata de eso, se trata de nosotros... San Sebastián no va a desaparecer porque nos vayamos.

Sin llegar en ningún momento a aceptar los argumentos del doctor, Natalia se limita a ingerir con lentitud su bebida, esperando que la incómoda charla termine de un momento a otro. Viendo esto, Adolfo acalla sus insistentes explicaciones, y en total mutismo transcurre el encuentro, hasta que cada quien toma su camino, tras un sentido abrazo.

El médico regresa al dispensario, y sentándose en su sillón deja pasar el tiempo, esperando el momento en que sus servicios sean requeridos, lo cual no ocurre con frecuencia. Al dar las cinco de la tarde, cubre la camilla donde descansa el visitante anónimo, con una cortina que se sostiene de un desgastado riel empotrado en el techo, luego toma su bata del perchero y se marcha rumbo a la oficina de la directora, que le espera con impaciencia para interrogarlo acerca del misterio que también a ella desconcierta.

Por otro lado, Natalia vuelve al trabajo; sumas y restas, además de unas cuantas conjugaciones en inglés, son las cosas que enseña a sus estudiantes esa tarde, aunque sin el entusiasmo usual. Una vez concluida su labor, se arriesga y regresa a la enfermería, a sabiendas de que no encontrará allí a quien la perturba con sus reiteradas peticiones. En cuanto cruza el umbral de la puerta se detiene al percibir los sollozos del pequeño, tras el visillo con el que Adolfo le había cubierto. Se acerca con cautela, y corre la cortina en forma pausada, encontrando del otro lado a dicho niño, llorando al mismo tiempo que intenta controlar los temblores causados por heladas ráfagas de aire, que se cuelan desde el exterior. A pesar de sus reservas, ella no puede dejar de preocuparse, así que le pregunta con voz serena:

—¿Tienes frío?

Para su sorpresa, el niño asiente, sin mostrar ninguna señal de violencia. Ella abre una de las gavetas del escritorio de Adolfo, y saca de allí una manta tejida con cientos de hebras de vellón, para cubrir al pequeño; él vuelve a dormir en poco tiempo, asido al grueso cobertor. Viendo esto, Natalia deja todo como estaba y se retira, para dirigirse a su habitación. Mientras camina recupera poco a poco la calma, que desde aquel día en el río la había abandonado; el gran interés que sentía por interrogar al visitante comienza a desaparecer, siendo reemplazado por el afán de ayudar que la llevó a convertirse en educadora.

Entre tanto, ya frente a la oficina de la directora, Adolfo arregla su camisa y abotona su bata, con el fin de no pasar por descuidado, para luego tocar a la puerta. Al instante escucha la voz de Carmen, ordenándole pasar, y

dentro de la oficina puede ver que la directora se encuentra reunida con el profesor Camilo Bedoya y el jardinero Agustín Blanco, quienes habrían encontrado a Natalia junto al río, el primero alertado por el segundo.

—Primero que nada, quiero disculpalme por llamarlos fuera de sus horas laborales —dice Carmen en tono firme—, pero necesito hablar con ustedes de lo que está pasando, ya hablé antes con su novia, doctor, solo faltan ustedes...

—No creo que haya mucho que decir —afirma Camilo, interrumpiendo a la directora—, cuando Agustín me llamó diciendo que algo le había pasado a Natalia, fui con él y la encontramos desmayada cerca al río, y el niño estaba con ella, desmayado.

—Sí, así pasó —agrega Agustín con cierto nerviosismo en sus palabras—, creo que ella trató de sacarlo del río y después se desmayó, usted sabe, por el esfuerzo.

—¿Y usted que me puede decir, doctor? —pregunta la directora—. ¿Él está bien?

—Sí..., si, de hecho, está sano, pero parece que ha perdido el habla por alguna razón.

—¿Se va a recuperar?

—No estoy seguro, no sé porque no habla.

—Bueno, pues si está sano creo que puede integrarse a las clases con los otros niños, ya se pondrá mejor con el tiempo, y no quiero que este ocioso hasta que eso pase.

—Disculpe, pero no estoy de acuerdo —dice Camilo—, es muy pronto para eso, se acaba de despertar..., creo que deberíamos esperar un poco, además ni siquiera sabemos de dónde viene, ni como llegó hasta aquí... Sus padres pueden estar buscándolo.

—Sí..., pero va a estar más seguro aquí hasta que sepamos algo, y..., todavía no arreglan las líneas telefónicas, no podemos llamar a nadie para que se haga cargo. La próxima semana, cuando Agustín vaya al mercado, puede pasar por alguna comisaría... Mientras tanto, es como cualquier otro de nuestros niños.

—Pero...

—Esa es mi decisión —responde Carmen con vehemencia—, usted límitese

a obedecer.

Camilo desvía la vista por un instante, en parte ofuscado y en parte conteniendo la risa que amenaza con colarse entre sus labios, pues no le tiene el menor respeto a la directora.

—Como usted diga —agrega.

Después de esto, Carmen les ordena retirarse, y mientras Agustín huye despavorido tras cruzar la puerta, los otros dos sostienen una pequeña charla cerca de la entrada.

—¿Cómo está Natalia? —pregunta Camilo—, no he hablado con ella desde lo del río.

—Bien, sigue tratando de recuperarse del susto, pero está bien.

—Eso es bueno..., porque le espera una vida muy dura a tu lado como para preocuparse por pequeñeces.

Adolfo sonríe burlón.

—Al menos yo tengo novia, pendejo... Pero tú, bueno, comienzo a preocuparme.

—Pues no lo hagas, tengo muchas opciones.

—¿Si? ¿Quién? De pronto 'Calmen'.

Con este comentario Adolfo se gana un golpe en el hombro, el que devuelve entre risas.

—Pero ya, en serio —dice Camilo, parando el jugueteo—, ¿Ya te respondió?

—No, está..., muy apegada a todo esto, no quiere dejarlo.

—Entonces no la obligues, todavía no entiendo por qué tienes que irte, ¿Qué te falta aquí?

—¿Una vida? —es sarcástico su tono—. No quiero estar aquí para siempre, quiero una casa, una familia, montar mi propio consultorio... Hasta tener un perro, ese tipo de cosas.

—Hay perros en el pueblo...

—Sabes de qué hablo.

—Sí, siempre sé de que hablas —se torna solemne su tono—, ella va a ceder, solo dale tiempo.

—Si quieres puedes venir con nosotros, conseguir un buen trabajo... Podríamos ser vecinos, tener cenas como las que aparecen en esas revistas que trae Agustín.

—¿Las revistas de Agustín?!

—No las que esconde debajo de la cama, las que les da para las clases.

De nuevo se toman un momento para reír, quizás tan solo para dejar atrás la aflicción. —Voy a tenerlo en cuenta —le dice Camilo a quien siempre consideró su hermano. Después se marcha con un enorme peso sobre los hombros, sabiendo que en pocos meses habrá de perder a la única familia que conoce. Adolfo, por su parte, regresa al cuarto que comparte con Natalia, esperando encontrarla allí, pero el lugar muestra un gran vacío, acompañado por la melancolía que lo abrumba mientras bebe un trago del whisky que oculta tras una credenza vieja y deslucida. Transcurridos algunos minutos, regresa la botella a su sitio, y sostenido por el comfortable lecho se dispone a descansar. Tan solo una hora después la indecisa maestra ingresa en la diminuta cabaña, encontrándolo dormido. Se sienta en una orilla de la cama, y poco a poco se despoja de sus ropas, pero se detiene de golpe al momento de retirar de su cuello el hermoso colgante que Adolfo le obsequió tres años atrás, al regresar de la universidad en la cual se hizo médico. Solo hasta sostener dicho tesoro logra perdonarlo, por forzarla a decidir entre la vida que ama y la vida que teme, por su aparente indolencia hacía esos niños que ella ama como si fueran sus propios hijos; recuerda el desconsuelo que la invadió cuando aquel joven idealista, que siempre la había acompañado, se marchó para cumplir sus sueños en una lejana urbe. Nunca esperó que regresara, pero lo hizo: cuando ella se había resignado a conservarlo en su mente como un bello recuerdo, volvió tan de súbito como se marchó; recorrió un espeso bosque buscando el hospicio durante varias horas, dejó atrás su mayor anhelo, regresó a una vida de penurias y pocas comodidades, todo para poder abrazarla otra vez, para estar a su lado.

Recordando cuando lo vio regresar, reviviendo en su mente el momento en que sus ojos se reencontraron, y la noche en la cual le obsequió el preciado objeto, Natalia toma su decisión. Es consciente de que las dudas no desaparecerán, siempre evocará con nostalgia sus días como maestra en el hospicio, pero sabe también que se debe a sí misma la oportunidad de conocer lo que hay más allá de los bosques, que a simple vista parecen no tener fin. Ha decidido marcharse junto con Adolfo, en busca de una nueva vida, y está dispuesta a comunicarle dicha resolución en la mañana.

Deja el colgante junto a su ropa, doblada sobre la superficie del mueble que oculta una botella cargada de pesares. Después se dirige a la cama, pero no llega hasta ella, pues una siniestra y de alguna forma conocida figura llama su atención en cuanto cruza junto a la ventana. La imagen se ve lejana, difusa, casi imperceptible, de no ser por su continuo movimiento, el que captura el interés de la maestra, quien no puede dejar de verla.

La noche es más oscura de lo normal, la luna brilla con gran intensidad, y a pesar de ello, resulta casi imposible distinguir lo que se encuentra más allá de un metro de distancia. Mientras Natalia mira absorta las siluetas que se mueven en frente de su recámara, todos los demás duermen tranquilos, excepto por Agustín, quien camina sin rumbo fijo en medio de la más densa oscuridad. Aún se pregunta por qué tuvo que alejarse de la tranquilidad y seguridad de su habitación, siguiendo algo que tal vez solo está en su cabeza, un sonido que no dejó de atormentarlo hasta que decidió prestarle atención. Fue el llanto inconsolable de un infante lo que le sacó de la cama; en principio trató de ignorarlo, pues no le preocupa demasiado la suerte de los huérfanos en San Sebastián, si alguno se había perdido o tuvo una pesadilla, seguro que los maestros se encargarían de él. Siempre consideró que nada ajeno a sus múltiples tareas le concierne, y mientras no rompa ninguna regla, podrá conservar su trabajo. Pero el tiempo pasó sin lograr menguar la pena de quien lloraba, volver a dormir parecía imposible. «¿Por qué no lo callan?», se decía a sí mismo mientras cubría su cabeza con la almohada, pero al sentir que nadie más escuchaba el molesto lamento, decidió ir en su búsqueda, terminando rodeado por árboles y sombras.

El sonido que lo atrajo a este solitario rincón se esfumó de un momento a otro, como si su único objetivo hubiese sido llevarlo hasta allí. «Solo es un putito perdido», se dice una y otra vez, tratando de convencerse de que no se encuentra en una situación fuera de su control. Después de un rato se recuesta contra un árbol, decidido a no continuar, debido a que desconoce el camino por seguir, y si toma el equivocado acabaría por perderse del todo. Piensa que lo más sensato es esperar el amanecer, y así encontrar más rápido algún sendero que lo lleve de vuelta a casa. Pero no puede evitar sentirse tenso; saca de su bolsillo un maltrecho cigarrillo y se lo lleva a la boca, que aún tiembla por el frío, por lo que le cuesta sostenerlo. Luego, recuerda que no lleva consigo su viejo encendedor; esto le produce una leve y continuada risa nerviosa. «¡Qué perra suerte la mía!», piensa cuando se da cuenta de que su único consuelo es un imposible en el momento. Cada vez que se siente nervioso fuma un cigarrillo, encontrando en su vicio la tranquilidad que le elude día a día; no poder hacerlo cuando siente que lo necesita es quizás lo más irritante que

puede imaginar.

Tras pasar unos cuantos minutos maldiciendo en silencio su suerte, toma el cigarrillo y lo lanza tan lejos como le resulta posible, para después intentar abrigarse con su chaquetón, dispuesto a dormir allí hasta el día siguiente. Sin embargo, de nuevo su afán de descanso se ve interrumpido por el sufrimiento de alguien más, por ese mismo llanto desesperante, aunque esta vez casi lo puede sentir, está bastante cerca. Sin perder mucho tiempo se levanta y camina guiado por los sollozos, procurando no hacer ruido, hasta que encuentra su origen: se trata de una niña, acostada en posición fetal junto a un pequeño tronco derruido. Nota que es una de las que viven en el orfanato, pues sus ropas llenas de barro y ramas secas son iguales a las utilizadas por los otros jóvenes del lugar. Ya más tranquilo, y un poco molesto con la pequeña que le había sacado de la cama en medio de la noche, se acerca y posa una rodilla en tierra.

—¿Estás perdida? —pregunta.

—Si —responde ella con dulce voz.

El jardinero duda por un segundo, al sentir que dicha voz proviene de un lejano lugar, que no pertenece a la niña, que el sonido está a su alrededor. Pero tal percepción parece absurda, quizás producto de su exaltación.

—Deja de llorar, niña —agrega—, cuando amanezca nos vamos al orfanato.

—Y..., en ese orfanato, ¿Voy a encontrar lo que busco?

Algo confundido por la extraña pregunta, Agustín responde:

—Lo que necesites..., pero mañana, no sé donde carajo estamos.

—Pero no puedo esperar hasta el amanecer.

—¿Qué?

Tras formular esta última pregunta, Agustín se paraliza, apenas puede respirar con normalidad, y su corazón se acelera cada vez más por el miedo; siente que hay alguien en su espalda, alguien cuya sola presencia le hiela la sangre. La niña comienza a sacudirse con violencia, aún acostada, mientras Agustín observa con impotencia unos pequeños y pálidos brazos que rodean su cuello. Luego, una brisa tibia le acaricia el oído, jugando con su mente, llevándolo a un estado de sopor que tan solo puede superar cuando la corriente de aire se hace acompañar por

palabras, por la misma voz de aquella que aún puede ver en frente suyo.

—Porque los demonios..., solo jugamos durante la noche —escucha al salir del trance.

Después de esto, un punzante dolor en el pecho concentra su atención, y con bajar un poco la vista puede ver la punta de un filoso objeto metálico, que le atraviesa desde la espalda. Al instante recupera la movilidad, tan solo para caer moribundo, junto a la pequeña que no para de sacudirse. Sabiendo que el final se acerca, derrama sus primeras lagrimas desde la niñez; el dolor de haber llevado una vida sin sentido aumenta al mezclarse con el de morir de la misma forma, pero sabe que ya es tarde, cierra sus ojos con lentitud, hasta quedar inconsciente. La niña que convulsionaba en el suelo se detiene en cuanto Agustín colapsa, y se levanta para saltar sobre el cuerpo del jardinero, para olerlo de la misma forma que lo haría un animal; lo que busca puede sentirlo en él, ese aroma conocido le indica el camino por seguir. Toma el cuerpo por las piernas para arrastrarlo, y tan rápido como apareció, se desvanece en medio de las sombras junto con su víctima.

Ya en la mañana, el fuerte brillo del sol sorprende a Natalia, atónita junto al ventanal a través del que pasó toda la noche observando algo que tal vez nunca estuvo allí; solo hasta que los destellos que se cuelan entre las ramas de frondosos árboles llegan a sus ojos logra reaccionar, y desplomarse víctima del agotamiento extremo. Tosiendo hace lo posible por recuperarse, hasta recordar que no se encuentra sola, Adolfo aún duerme a pocos metros de ella, así que procurando no perturbarlo, y tras tomarse un par de minutos para aclarar sus ideas, se viste con el mismo atuendo que utilizó el día anterior. No puede dejar de sentirse extenuada y ansiosa, además de confusa, puesto que no logra explicarse lo ocurrido, ni su obvia relación con sus más recientes vivencias.

Sin perder un solo instante sale del cuarto, desatendiendo la decisión tomada solo unas horas atrás. Toma las órdenes del día, dejadas en su puerta por Agustín durante la tarde del día anterior, y con asombro se entera de que es ella la encargada de cuidar al niño. En un principio piensa que debe hablar con Carmen para librarse de tal encomienda, pero cambiar de opinión no es algo que esa irascible mujer haga con frecuencia, así que procura tomarlo con calma; respira profundo y se marcha rumbo a la enfermería, donde se cruza con el joven e indirecto culpable de su angustia, saliendo del diminuto baño tras el escritorio de Adolfo. Él sonríe en cuanto distingue el rostro de la maestra, y le saluda agitando el brazo. Este sorpresivo ademán trae algo de calma a Natalia, dado que en tan minúsculo gesto puede notar una gran mejoría en la condición del pequeño, quien tal vez no tardaría demasiado tiempo en recuperar el habla.

—¡Hola! —exclama ella, con un forzado gesto de alegría—. ¿Te sientes mejor?

El niño asiente con la cabeza, para luego ir directo a la camilla, donde se sienta, y con la vista puesta en Natalia señala el uniforme dejado allí el día anterior.

—Esto lo traje para ti, no quiero que estés en bata todo el día —afirma la maestra.

A pesar de la prisa con la cual ella se marchó de su dormitorio, aún es bastante temprano, de hecho, faltan casi dos horas para que inicien las clases. Esta diferencia de tiempo le brinda la oportunidad para poner a prueba los conocimientos de su nuevo alumno, y quizás sacarle alguna palabra, así que tras encargarse de todo lo referente a la higiene, lo somete a una pequeña prueba en el aula, encontrando con asombro que no parece poseer los conocimientos típicos en alguien de su edad, ni siquiera es apto para resolver los más elementales problemas matemáticos. Mientras la desconcertada instructora procura descubrir la mejor forma de asistirlo, los otros estudiantes se hacen presentes uno a uno, hasta llenar el recinto y formar diversos grupos, en los cuales se discute el tema del momento: la presencia del recién llegado, que parece temblar al sentir tantas miradas fijas en su persona. Notando esto, Natalia pide silencio, y ordena a todos ocupar sus lugares para dar inicio a la jornada, que se desarrolla de la forma habitual, sin incluir todavía al nuevo estudiante, quien se encuentra en una silla junto al escritorio de la maestra. Ya a las diez de la mañana llega la hora de un corto receso, tanto para los escolares como para su instructora, quien siente los devastadores efectos de la larga noche de vigilia que debió soportar.

En tanto que los otros juegan en medio de un gran alboroto, el solitario niño que parece incapaz de hablar, permanece sentado sobre el pastizal a una distancia considerable, pero aún visible, capturando la atención de sus compañeros, algunos de los cuales le dirigen una mirada ocasional; pero esto no resulta importante para el recién llegado, puesto que se encuentra sumido en confusos pensamientos. Todo recuerdo dichoso se ha esfumado, dejando atrás preguntas e imágenes singulares, quizás provenientes del pasado; horrores innombrables, gritos, muerte y soledad, todo llega a su cabeza en forma simultánea, envuelto en un sonoro zumbido que aumenta cada vez más su intensidad, que le agobia, le dobliga. Quiere parar el dolor pero es imposible, está a punto de enloquecer; cubre sus oídos, desesperado, mientras pierde el sentido poco a poco, rindiéndose ante el peso inconmensurable de las tinieblas. No obstante, un sonido repentino lo lleva de vuelta a la realidad, es la animosa voz perteneciente a una niña de largos cabellos castaños y ojos claros, quien alejándose del grupo, y guiada por las dudas, le ha salvado

de ingentes tormentos con solo hablarle.

—Hola, yo soy..., Laura, ¿Cómo te llamas? —dice un tanto nerviosa.

El niño continúa en silencio, sin siquiera voltear a verla, mostrando una actitud que disgusta a quien no está acostumbrada a que sus requerimientos sean ignorados. A pesar de ello, insiste formulando una nueva pregunta:

—¿De dónde vienes?

Este interrogante se queda también sin respuesta, allí tan solo se escuchan los murmullos del viento. Justo en ese momento la instructora anuncia el final del receso, y cuando Laura está a punto de marcharse decepcionada, el pequeño la detiene diciendo con voz sumisa y apenas perceptible:

—No sé.

—¡Entonces si puedes hablar! —dice ella en tono irónico, mientras regresa a su lado—. Entonces ¿No sabes dónde vives? ¿No sabes dónde están tu papá ni mamá?

—No...

—Y... ¿Cómo te llamas?

—No sé.

—Eso está muy mal, tienes que tener un nombre, todos lo tenemos, hasta los huérfanos.

El niño enmudece, y apoyando la frente en las palmas de sus manos, derrama unas cuantas lágrimas.

—No es el fin del mundo —afirma ella, intentando confortarlo—, solo necesitamos buscarte un nombre, puede ser el que tú quieras, ¿Qué te parece?

—No sé —responde entre sollozos—, no..., puedo pensar en eso.

—No tienes que pensarlo ya..., yo misma podría escogerte uno, si quieres.

—¿Un nombre?

—Solo piénsalo, estoy segura de que puedo encontrar uno que te guste...

Parece que vas a vivir aquí desde ahora, necesitas un nombre.

En silencio, y evitando cruzar sus miradas, permanecen allí unos cuantos minutos, hasta ser requeridos por Natalia.

—Nos vemos después —agrega Laura antes de alejarse corriendo rumbo al aula. Una vez allí, se ve obligada a compartir el contenido de la pequeña charla con su maestra, que la interroga con insistencia, encontrando gran desilusión al percatarse de que no fue gran cosa lo que logró averiguar; no obstante, ahora sabe que el pequeño puede hablar, y que no recuerda ni siquiera su propio nombre. En principio parecía un gran progreso, pero la joven instructora entiende que no encontrará más que señas en respuesta a sus cuestionamientos tras pasar toda la tarde intentando sacarle cualquier palabra al niño, que no parece interesado en hablarle. Una vez terminadas las clases, ella le toma de la mano para llevarlo hasta el dormitorio, que habrá de ser su hogar por varios años. El recinto se encuentra vacío, pues los otros niños aún juegan en los alrededores, así que tras mostrarle su litera se marcha para permitirle descansar, esperando poder hacer lo mismo en cuanto regrese a su habitación. Ya en el pasillo se topa con Carmen, quien al verla salir del lugar pregunta:

—¿Algún avance con el niño?

—Creo..., que se va a recuperar pronto.

—Eso está muy bien... Bueno, nos vemos después —dice Carmen con la vista fija en otra dirección. Luego se dispone a retirarse, al igual que la maestra, pero antes de ello se da vuelta y agrega—: Natalia, espele.

—¿Sí? ¿Pasa algo?

—¿Ha visto a Agustín? No encuentro por ninguna parte a ese..., irresponsable.

—No, hoy no lo he visto..., con permiso.

Natalia retoma su camino, en tanto que la directora continúa su búsqueda bastante furiosa. Agustín no fue jamás el mejor de los empleados: descuidaba sus labores, era irrespetuoso y malhablado, sobre todo cuando bebía, incluso se escuchó alguna vez el rumor de que golpeó a un infante que le sacó de quicio. Pero a pesar de todas sus faltas siempre había atendido el llamado de su patrona con increíble prontitud, «Más vale que tenga una buena excusa», piensa ella, mientras recorre los pasillos al borde del desespero. Lo busca por todas partes, hasta rendirse con la llegada del ocaso, hace una pequeña ronda por los dormitorios, como es su costumbre, y luego regresa a la oficina; un día más de trabajo ha

llegado a su fin.

Cerca de las once de la noche, una infinita quietud es perceptible en el orfanato, donde casi todos duermen, a excepción de unos pocos, entre los cuales se incluyen la maestra que contempla singulares figuras desde su ventana, y Laura, quien sentada al borde de la cama, y a la luz de una vela diminuta, revisa una por una las fotografías familiares que le han acompañado desde siempre, como ya lo ha hecho hasta la saciedad; el encuentro con quien había olvidado hasta el propio nombre despertó en ella la urgencia de repasar sus memorias.

En estas fotografías aparecen muchas personas, que solo identifica por las leyendas escritas en la parte posterior de las mismas: allí están el padre y la madre que nunca conoció, igual que su abuelo, y ella misma junto a su hermana gemela, el día en que nacieron. Nunca supo nada acerca del paradero de la recién nacida que reposa a su lado en el retrato, sostenida por el brazo izquierdo de su joven padre, y que de seguir con vida en algún lugar, respondería al nombre de Sofía. Solo por parte de la directora ha llegado a saber algo acerca de cómo terminó sola en el orfanato: según ella, se presentó una noche, tiempo atrás, una mujer desconocida, desaliñada y bastante ansiosa, que mostraba en su rostro las cicatrices ocasionadas por lesiones tanto antiguas como recientes, y que cargaba consigo a una niña nacida pocos meses atrás. Además de esto, parecía estar huyendo, puesto que no dejaba de ver en todas direcciones, mientras permanecía sentada en una banca sin prestar atención a las palabras de Carmen, quien buscaba ayudarla. Solo reaccionó cuando se le preguntó por la identidad de la pequeña, y tras un prolongado silencio respondió con voz nerviosa:

—Laura..., su nombre es Laura.

La directora le solicitó esperar mientras ingresaba en su oficina, con el fin de avisar a las autoridades del pueblo más cercano, pero al tomar la bocina del teléfono escuchó un leve golpe en el tablado del pórtico; regresó al exterior de inmediato, encontrando que aquella mujer había huido, dejando tras de sí a la criatura que cargaba en brazos junto con una austera caja de madera, la cual contenía los retratos que se convirtieron en el único enlace que Laura tiene con su familia. Ha repasado este relato cientos de veces desde que lo escuchó, se consuela con pensar que su madre solo quería salvarla, protegerla de algo o de alguien, pero de ser así, ¿Por qué solo a ella? Sus pensamientos siempre la llevan a esta misma pregunta, ya que no logra entender por qué fue separada de su hermana, a quien espera conocer algún día, en un cálido encuentro propiciado tal vez por el destino.

Después de un rato comienza a guardar las fotografías, en el estricto orden de siempre, aunque se detiene al contemplar la de quien fuera su abuelo; la observa por unos segundos, y luego ríe con picardía al cruzar

por su mente una idea, algo que quiere hacer, pero será hasta el amanecer, es tarde y debe dormir.

La mañana siguiente llega acompañada por intempestivas precipitaciones, que menguan de manera transitoria, para luego arreciar con más fuerza todavía, y a pesar de esta irregular tormenta, todos a excepción del desaparecido jardinero se dedican a sus propios asuntos: los niños estudian en silencio; el doctor apenas puede mantener los ojos abierto, recostado en una de las camillas de la enfermería, reflexionando acerca del comportamiento de Natalia; y la directora no deja de pensar en el posible paradero de su fiel asistente, que aún no aparece.

A las diez de la mañana, solo una ligera llovizna baña los pastizales del patio, que se encuentra vacío, puesto que los estudiantes permanecen en el interior del salón de clases sin ser supervisados por su maestra, quien se ha desplomado dormida sobre su propio escritorio, ante el asombro de todos los presentes. También causa gran sorpresa que aquel que se había ganado el apodo de «Niño Mudo» se encuentre sentado en el mismo lugar que ocupó durante el receso del día anterior, sin preocuparse por la humedad del ambiente, ni las manchas de lodo en su uniforme; permanece allí en silencio, como si todo lo que le rodea fuera indiferente a su entender. De un momento a otro, Laura se acerca, y sin preocuparse por ensuciar sus ropas se sienta a su lado y lo saluda.

—Hola, ¿Cómo estas hoy?

Él no contesta, por lo que Laura prosigue:

—¿Ya tienes un buen nombre?

—¿Qué?

—¿No te acuerdas de lo que hablamos ayer? ¿Qué necesitábamos encontrarte un nombre?

Tembloroso y asustado, responde:

—No..., yo..., no pensé en eso.

—¡No importa! —muestra una gran sonrisa—, como me imaginé que esto iba a pasar, yo si lo hice... ¿Quieres saber cuál escogí para ti?

—Pero...

—Es Daniel.

—¿Daniel?

—Sí..., ese era el nombre de mi abuelo.

Laura saca de su bolsillo el retrato del hombre al que hace referencia, y se lo enseña al confundido niño: en éste se ve a un joven vestido con uniforme militar, quien ostenta en su manga izquierda un brazalete, en cuyo centro resalta un símbolo infame. Tiene una expresión serena, y sostiene a su costado un rifle, cuya culata descansa en la tierra.

La fotografía parece tener varios años de antigüedad, pues sus bordes lucen amarillentos y arrugados, además, la imagen en blanco y negro da fe de ello.

Sin ver ninguna reacción afirmativa o negativa por parte de su compañero, ella le dice:

— ¿No te gusta?

—Si..., está bien —responde Daniel, forzando una sonrisa.

—Qué bien... Ahora que ya te encontramos un nombre... ¿Quieres venir conmigo, para que te presente con los demás?

Daniel baja la vista de nuevo, es claro que no está listo, y Laura puede verlo.

—Está bien... —dice—, si no quieres, mejor nos quedamos aquí —hace una pausa, seguida por otra pregunta—: ¿Sabes por qué hago esto?

—No... —responde él, con voz sutil.

—Porque..., yo también estoy sola y..., sé lo que se siente.

Natalia es despertada por algunos de sus estudiantes, y al notar la ausencia tanto del niño mudo como de Laura, se dirige hasta la puerta, desde donde puede verlos sentados en medio de la nada, rodeados por el sosegado relente que se eleva desde los pastizales. Esta escena dibuja una sonrisa en su rostro, antes melancólico, y decide no interrumpirles, pues conoce bien el sufrimiento de aquella niña que a pesar de haber crecido en el orfanato jamás logró adaptarse por completo, sin importar que lo hubiese intentado con empeño; jugaba y departía con los otros huérfanos, reía junto a ellos, pero al final del día estaba sola, acompañada tan solo por diversas imágenes de personas desconocidas, y en cuyos ojos inertes parecía encontrar algún consuelo. Laura se ha cruzado con un ser similar a ella, alguien que a pesar de su corta edad disfruta más de los

momentos de sereno sosiego que del bullicio propio de la juventud, y sin saber el porqué, se siente en verdad feliz.

Capítulo 2



El orfanato de San Sebastián cada vez se hace más lúgubre; el sol apenas ha mostrado su brillo en mucho tiempo, y las lluvias constantes amenazan

con arrasar las cabañas de madera que componen el humilde hospicio. Los días tristes y opacos transcurren en medio de la zozobra, mientras que las noches, tan oscuras como el más profundo de los abismos, traen consigo un silencio sepulcral, que solo se ve interrumpido por los leves lamentos de la joven maestra, quien contempla noche tras noche la misma aparición. Suele pasar largas horas junto a su ventana, observando atónita a la misteriosa niña que la llama desde la distancia, y en cuyo rostro, apenas visible, puede distinguir los mismos rasgos del pequeño que encontró a orillas del río tiempo atrás, de hecho podría decirse que son gemelos. No habla de ella con nadie, ni siquiera Adolfo conoce el origen del desconsuelo que puede verse en su rostro ante el agónico brillo crepuscular, que anuncia la cercanía de sus tenebrosas visiones. Él todavía recuerda ese día en el cual despertó al alba, encontrando a Natalia junto al ventanal, llorando sin consuelo. Intentó confortarla, pero ella dio media vuelta y se marchó; fue la última vez que compartieron la misma habitación.

Ahora el doctor pasa las solitarias noches en el consultorio; reclina su sillón, y con la vista fija en las diversas hendiduras del techo, busca en sus memorias el instante en el cual se desvaneció la felicidad que le invadía en cada momento que pasaba junto a Natalia. En ocasiones se ve interrumpido por el crepitante crujir del secuoya que se levanta entre el dispensario y una diminuta bodega de herramientas; las frecuentes lluvias han debilitado sus raíces, y aun en medio del mar de dudas por el que navega, Adolfo no puede evitar preocuparse, puesto que es consciente de que el gigantesco árbol podría caer si no se le presta atención. Aun así, ha llegado a pensar que sería lo mejor, que cayera sobre la cabaña donde pasa todo su tiempo y se llevara esas dudas, así podría descansar. Luego esta deja de parecer una opción atractiva; se concentra de nuevo en su propia tragedia, hasta que le ataca una jaqueca insoportable, y para lidiar con ella no puede más que beber sorbo a sorbo todo el contenido de la botella casi vacía en la cual pretende ahogar sus penas, hasta caer dormido cerca del amanecer. Así pues, sin saberlo, pasa las noches de la misma forma que lo hace Carmen: ella espera a que oscurezca para recluirse en su despacho y beber algún caro licor, es la única forma que encontró para mitigar el dolor causado por la ausencia de quien era su mano derecha, y aunque se niegue a aceptarlo, su amigo. Claro que no es la única desconcertada por la singular desaparición, que se ha convertido en otro misterio, generando rumores y conjeturas. Muchos dicen que el malhumorado jardinero huyó, cansado de los constantes agravios que recibía por parte de la directora, con quien solía pasar gran parte del día, que se marchó con el fin de iniciar una nueva vida lejos de ella. Otros dicen que cayó al río estando ebrio, y fue arrastrado por el torrente del mismo. No obstante, el viejo camión que utiliza para hacer las compras sigue estacionado en el mismo lugar de siempre, no se ha movido de su sitio en casi un mes; lo más lógico sería pensar que lo llevaría, si es que deseaba escapar del yugo de su déspota patrona, y si resultaba ser que bebió de más y pagó el precio, tendría que haber utilizado el vehículo para

ir hasta el pueblo y comprar el licor causante de su fatídico destino. Solo circulan teorías sin fundamentos, y de hecho, la única persona cuyos presentimientos se acercan a la realidad es Natalia, pues desde que comenzó a ver a esa enigmática niña en frente de su cuarto ha tenido varias pesadillas, que la acosan en cuanto cierra sus ojos aunque sea por unos cuantos minutos; son protagonizadas por el desaparecido jardinero, siempre está atado de pies y manos, siempre está gritando mientras su cuerpo se desgarraba entre alambres de metal, sin que la muerte llegara hasta él para darle paz. En el escenario en el cual se dan los perturbadores sucesos, puede verse a sí misma inconsciente, junto al martirizado hombre que no deja de clamar por ayuda; sabe que será la siguiente, puede sentirlo, pero nunca llega a ocurrirle nada antes de despertar sudorosa y con el ritmo cardíaco acelerado, quizás por ello prefiere mantenerse despierta todo el tiempo, mientras sea posible. Dicta las clases haciendo uso de las pocas energías que le quedan, fingiendo que todo está bien, y nunca pierde de vista Daniel, quien parece ignorar todo lo que sucede a su alrededor.

Durante el receso de la mañana, Natalia se sienta en una banca junto a la puerta del aula, observando a los niños que juegan, mientras intenta no desfallecer. Cerca de allí puede ver al culpable de sus desgracias, en el mismo rincón de siempre, junto a la única persona que ha escuchado su voz, y ha dado a conocer su nombre; no puede evitar odiarlo, aun cuando sea solo un niño, maldice el instante en que lo sacó del río, y de forma inadvertida se vio envuelta en una pesadilla. Pensando en ello, es sorprendida por una voz que parece venir de la nada, y pregunta:

—¿Puedo sentarme?

—Claro... —responde ella en medio de un prolongado bostezo, al ver que se trata de Camilo.

—¿Cómo estás?

—Estoy cansada de que me pregunten siempre lo mismo —dice irritada—, ¿Adolfo te pidió que hablaras conmigo?

—No, él..., no quiere hablarme, me pidió que lo dejara tranquilo la última vez que lo vi, y además..., creo que había bebido, y ahora te veo a ti en estas condiciones...

—¡¿Condiciones?! ¿Qué condiciones?

—Parece..., que no has dormido nada, me preocupas, es todo.

—Si..., perdón, mira..., es solo que no me siento bien... ¿Cómo está él?

—Nada bien, siempre lo veo deprimido y no quiere hablar con nadie, por eso te buscaba, quisiera..., saber si puedo ayudar en algo.

—¿Ahora eres psicólogo?

—Pues puedo tratar —sonríe—, créeme, ningún problema puede ser tan importante como para que se distancien así.

—No tiene nada que ver con Adolfo.

—¿Entonces? ¿Quieres decirme?

—No me lo creerías.

—Solo dímelo, puedo entenderlo.

—Ya oí eso antes..., pero no es verdad, nadie puede entenderlo... —dirige la vista hacia el cielo y da un profundo suspiro—. ¿Has notado que todo es diferente por aquí desde hace un tiempo?

—¿De qué hablas? ¿De la desaparición de Agustín? No te preocupes, ya volverá ese viejo irresponsable, debe estar ebrio en alguna de las tabernas del pueblo.

—¿Por qué estás tan seguro..., y si le ocurrió algo?!

—No hay razones para suponer eso... Admito que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se dejó ver por aquí, pero no tardará en aparecer, siempre vuelve.

—Pero creo..., creo que algo le pasó, lo veo..., en mis sueños.

—Entonces se trata de eso..., de un sueño.

—No es solo un sueño, es todo lo que ha pasado en los últimos días, es acerca de..., Daniel.

—¿El Niño Mudo? ¿Qué pasa con él?

—No estoy segura, es algo que no entiendo... —se levanta de la banca, y agrega unas cuantas palabras antes de emprender el camino de vuelta al aula—: en fin, es mi problema y tengo que resolverlo, si no, voy a volverme loca... Lo voy a hacer..., esto no puede seguir así.

Camilo la detiene, más preocupado aún:

—¡Espera! ¿Qué tienes pensado hacer?

Ella frena su paso por un instante, y sonrío intentando disimular la aguda desolación que corroe su alma.

—Tranquilo —dice sin cambiar el repentino gesto—, no es nada por lo que te debas preocupar, pero..., quiero que me hagas un pequeño favor.

—El que sea.

—No pierdas de vista a Daniel.

—¿Qué significa eso?

—Quiero que lo mantengas vigilado, solo para ver si hace algo extraño, tú sabes, algo que no sea común en un niño de su edad.

—¿Por qué me pides eso? ¿Hay algo mal en él?

—Solo compláceme, ¿quieres? Es..., importante.

—¿Es en serio?

—Es en serio.

—Claro..., pero yo también quisiera pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Quiero que hables con Adolfo, te necesita.

—Si..., está bien, tal vez..., lo busque más tarde —con esta respuesta da por concluida la charla y sigue su camino de regreso al salón de clases, deseando que el día termine pronto, para hacer frente a sus más profundos temores.

Resulta bastante inusual la actitud con la cual ingresa Natalia al aula, tras discutir con Camilo: aun cuando se le hubiese visto angustiada durante los días previos, nunca permitió que ese sentimiento interfiriera con su deber, por el contrario, se mostraba alegre y dispuesta en frente de sus alumnos, pero esta tarde es bastante displicente, su vívida sonrisa se esfumó; dicta la clase en forma apresurada, dándola por concluida una hora antes de lo previsto, para luego marcharse sin dirigirle la palabra a nadie. La gran mayoría de sus alumnos corren de inmediato al patio, para reanudar los juegos rutinarios, que a pesar de la tensa calma en el ambiente jamás llegaron a cesar. Mientras tanto, Daniel es llevado a través de una espesa arboleda, de la mano de aquella en quien confía. El camino deriva en uno de los dormitorios, donde ella le pide que aguarde junto a la entrada, para

luego ingresar en el recinto en busca de algo importante. Antes de que el confundido joven pueda siquiera sentarse sobre la escalerilla, Laura regresa con una pequeña caja de madera en sus manos; toma asiento bastante animada, y halando el brazo de Daniel le obliga a sentarse a su lado. Ella suspira, cierra los ojos un instante, y luego comienza a revelar el contenido del cofre: le muestra uno a uno los retratos de aquellos con quienes comparte vínculos de sangre, pero que nunca conoció. Al mismo tiempo, relata toda clase de historias con respecto a estos personajes, narraciones ficticias que ha creado su mente a lo largo de los años, basándose solo en las imágenes que ve.

—¿Te acuerdas de esta? Es de mi abuelo —dice sonriente, enseñando la fotografía que data de 1943—, su nombre completo era Daniel Blúmer, fue un valiente soldado que peleó en una guerra, hace mucho tiempo... Era el mejor de todos, y todos lo respetaban.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta Daniel.

—Porque él me lo dijo, en un sueño —afirma ella.

—¿Un sueño?

—Sí, ¿No sabes lo que es un sueño?

—No estoy seguro.

—Es cuando ves imágenes estando dormido, casi siempre son cosas buenas, yo por ejemplo, veo a mi abuelo... ¿Alguna vez has soñado?

—Eso creo. Pero..., es diferente, no son cosas buenas.

El semblante del joven cambia, se siente acongojado al revivir todo aquello que ve cuando logra dormir. Sin embargo, esta sensación desaparece en cuanto Laura toma su mano, mientras prosigue con los relatos: con la historia acerca del padre que murió debido a una misteriosa enfermedad, tan solo unos cuantos días después del nacimiento de sus hijas gemelas; de la madre que en medio de la desolación se entregó en cuerpo y alma a un hombre agresivo e indiferente, tras la muerte de su esposo. La misma que siendo consciente de la imposibilidad de mantener a sus hijas por cuenta propia, decidió abandonar a una de ellas, para después huir rumbo a algún lejano rincón del mundo junto con la otra, aquella que algún día habrá de emprender un viaje sin retorno en busca de su hermana perdida, dado que el vínculo que comparten es tan grande que resulta imposible de romper.

Las historias de Laura plantean diversos interrogantes, describen hechos que ella no tendría porque conocer, lugares que nunca visitó, personajes variopintos que bien podría ser parte de cualquier fabula infantil. No

obstante, Daniel las escucha con atención, procurando no interrumpirla, pues el solo verla sonreír, tal y como lo hace en medio de las extrañas anécdotas, es suficiente para disipar los temores que alberga en su interior; a pesar de no recordar el pasado, ni conocer el origen de los turbios pensamientos que le cruzan por la mente en ocasiones, encuentra alivio en su compañía, en su aroma, en el brillo de aquellos ojos que lo miran con ternura, haciéndole olvidar todo sentimiento negativo, por ello permanece a su lado hasta el momento en que el velo de la noche comienza a descender. Para entonces ya no queda más por explicar; Laura toma sus recuerdos para guardarlos otra vez, ambos se levantan, y tras despedir a su acompañante con un corto abrazo, ella se dispone a regresar al interior del dormitorio, pero se detiene pensativa bajo el dintel de la puerta. Luego, con la cabeza gacha, se da vuelta, y tomando la mejilla de Daniel se acerca temerosa; duda por un instante, dando pie al perplejo joven para reaccionar con lentitud, pero antes de que logre decir o hacer cualquier cosa, ella le besa en los labios. Fue tan solo un segundo, casi un parpadeo, tras el cual se marcha ruborizada, cerrando la puerta tras de sí. Inmóvil queda Daniel durante unos pocos segundos, atónito, esperando quizás que el portón se abra de nuevo, pero esto jamás sucede.

Después de recuperar el aliento, Daniel emprende el camino de vuelta a su propio dormitorio, sin poder apartar de su cabeza aquel efímero momento en el cual el tiempo se detuvo. Está desconcertado, temblando sin poder controlarse, y aun así se siente bien, siente en el fondo de su alma una alegría indescriptible, capaz de borrar el sufrimiento que siempre le embarga sin razón aparente. No le toma mucho tiempo llegar al dormitorio; cruza con prisa la entrada, notando que el lugar se encuentra vacío, y continúa rumbo a su camastro. Sin embargo, se detiene al pasar junto a la ventana, a través de la cual puede ver a una niña que lo saluda agitando el brazo desde la distancia; percibe a simple vista algunos rasgos peculiares en ella, pero se encuentra tan lejos que apenas puede distinguir su rostro, así que sin mostrarse alterado, ni mucho menos interesado, responde el saludo de la misma forma, creyendo que se trata de otra de sus compañeras. Luego se recuesta, y tras cubrirse con la sábana cierra los ojos, esperando tanto con ansias como con temor la llegada de un nuevo día.

Comienza a caer la noche y Natalia permanece junto al ventanal de su habitación, empuñando una pequeña navaja con mango de madera, que había tomado de la gaveta de Adolfo; espera el momento justo para usarla. Casi no puede mantener los ojos abiertos, a pesar de su determinación, el cansancio que acumuló tras varias noches de vigilia está por vencerla. Pero solo basta con un leve sonido en el exterior para que recobre las fuerzas: el crujir de ramas marchitas advierte la presencia de esa aparición fantasmal que la hostiga, que danza en medio de la maleza, como si se burlara de ella. El aroma repugnante que despiden la criatura parece prevenirla, parece indicarle que debe mantenerse alejada, pero

haciendo gala de gran osadía, esconde la navaja entre sus ropas y sale dispuesta a hacerle frente.

No logra acercarse demasiado antes de que la niña se eche a correr, riendo como si de un juego se tratase, y sin mostrar reparos, Natalia la sigue. Todo ocurrió tan rápido que nunca consideró las consecuencias de su apresurada decisión, esto lo entiende en cuanto se ve rodeada por enormes e imponentes árboles, y sin pista alguna de aquella a quien le perdió el rastro en solo segundos.

El desolado paisaje la llena de temor; se desploma y cae de rodillas, arrepentida por haberse aventurado con premura hacia lo desconocido. Intenta contener las lágrimas, entendiendo que quizás nunca regresará, que su destino pudo haber sido escrito desde el momento en que decidió poner fin al tormento. Antes de que pueda aclarar sus ideas, regresa la ya conocida fragancia de la muerte, impulsada por vientos calmos y premonitorios. Entonces, en frente suyo, aparece de nuevo quien la llevó hasta el sombrío paraje.

Poco a poco los ojos de Natalia recorren la silueta, poco a poco su boca comienza a lamentarse entre trémulos gemidos, viendo las piernas sin piel de las que no para de brotar una sangre espesa y putrefacta, viendo el fino alambre metálico que se funde con dedos delgados y torcidos como ramas, que se extiende hasta un rostro idéntico al de Daniel, sellando sus ojos, sus fosas nasales, y sus oídos. «Esto..., no..., no puede ser real», se dice Natalia contemplando los espeluznantes rasgos, empuñando su navaja hacia la criatura, mientras retrocede tan rápido como le es posible.

—¿Piensas que puedes lastimarme? —dice la niña, haciendo mofa de esa amenaza.

—¿Qué es..., esto? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué..., quieres? —pregunta Natalia con insistencia, sin mirar a la criatura, como si hablara consigo misma—. ¡¿Qué mierda quieres?!

—Tu carne..., y tu sangre, es todo lo que deseamos, pues ya nos has guiado hasta quien aguarda nuestra llegada. Por ello, te agradecemos.

Jadeando temerosa, y haciendo un enorme esfuerzo por controlar su agitación, Natalia da media vuelta e intenta huir, pero es sujeta con firmeza por otro ente de similar aspecto al del demonio, y en cuyo rostro solo los inocentes ojos de un infante son visibles. Dicha criatura la rodea con los brazos, restringiéndole todo movimiento, la obliga a regresar arrastrándola con lentitud. La maestra lucha con desespero, pero los esfuerzos son inútiles, solo consigue lastimar su fatigado cuerpo; es sostenida con tal fuerza que los huesos de sus brazos rechinan como si estuvieran a punto de romperse, causándole un gran dolor, mezclado con

el pánico que siente al verse cada vez más cerca del demonio, quien con su bella y relajante voz confirmó el vaticinio que la atormentaba en todo momento.

Las dos tenebrosas apariciones se adentran en el bosque, regresan al lugar en el cual se esconden durante el día, llevando consigo a su segunda víctima, en medio de gritos clamando por ayuda; Natalia sabe que no hay esperanza, conoce bien el brutal suplicio que le espera, pues lo ha visto en sus pesadillas.

El último grito de la maestra, apenas perceptible y lejano, despierta a Adolfo del sueño etílico. Bastante aturdido se levanta, y cae de espaldas; le toma poco más de un minuto recuperarse antes de realizar un nuevo intento, hace uso de todas sus fuerzas, y apoyando las palmas en el escritorio logra mantener el equilibrio, lo suficiente al menos para sacudir la cabeza y concentrarse en un punto fijo. Después, respirando con dificultad, recuerda los lamentos que desgarraron su alma casi como si fueran propios, los que cesaron de repente, dejando tras de sí innumerables dudas. Ya antes había escuchado gritos similares, ya antes había temido lo peor, pero no puede estar seguro de nada, en el oscuro bosque solo reside el silencio, y en su oficina la somnolencia. Mas un presentimiento pasa por su mente de un momento a otro, como una corriente eléctrica que lo pone alerta. «¡Natalia!», piensa tembloroso, llenándose de pánico en cuestión de segundos. No pierde ni un solo instante: toma su abrigo del perchero, toma una vieja lámpara de queroseno que guardaba en uno de los compartimentos de su escritorio, y verifica su estado antes de encenderla. Así, armado tan solo con el candil de escueto brillo, sale en busca del destino, de aquello que muy en el fondo de su ser sabe que no desea encontrar.

El doctor se aventura a la inmensidad del bosque, perdiéndose en una obscuridad profunda, tanto como solo en sueños tortuosos puede verse; algo sin lugar a dudas conocido para Daniel, quien también camina desorientado en medio de una tenebrosidad insondable. Sabe que se trata tan solo de un sueño, un mundo aparte, pero una duda recurrente no deja de rondar en su cabeza: está seguro de que ese entorno lo ha visto antes, no recuerda cuándo ni cómo, pero sin duda no es la primera vez que camina entre moles de piedra cuyo tamaño supera la vista. Se encuentra consternado, mas no temerosos, es algo que conoce, algo que encuentra normal.

De un momento a otro, es sacado de aquel mundo de sombras y regresado a la realidad, que no luce muy diferente; ya pasa de la media noche, todo está en silencio y los otros niños duermen tranquilos, mientras él se ve forzado a dejar su cama para ir hasta el baño, que se encuentra fuera del dormitorio, en un pequeño y deslucido cuarto de madera. Se muestra bastante renuente, da vueltas en la cama tratando de ignorar esta necesidad, pero la misma lo supera, debe ir sea como sea.

Tras levantarse avanza a hurtadillas, presuroso, intentando no despertar a nadie, pero no logra dar más de unos cuantos pasos antes de que la ventana junto a su lecho estalle en miles de fragmentos, haciéndole perder el equilibrio y caer a los pies de una figura desconocida. Levanta la mirada despacio, encontrándose con la criatura que posee su mismo rostro, y le observa con desdén mientras retrocede aterrado, arrastrándose por el suelo, cortándose la piel con los cristales, dejando rastros de sangre y orina a su paso. Comienza a gritar pero nadie parece escucharlo, todos duermen sin perturbación alguna, en tanto que, rodeado por vidrios despedazados y padeciendo un agudo dolor, Daniel intenta alejarse lo más posible de la fantasmal criatura; aunque no llega muy lejos, pues otro ente le toma por el hombro y con fuerza lo arroja de regreso a su cama.

Asustado y con heridas profundas en todo su cuerpo, el niño sigue gritando, hasta que una de las apariciones le interrumpe, diciendo con dulce voz:

—Nadie puede oírnos.

De entre las sombras surgen entonces otras tres: todas lucen similares, pero el alambre que sella sus órganos sensoriales deja habilitado uno distinto en cada una de ellas. Así pues, solo una es capaz de oír, solo una logra percibir aromas, solo una tiene la capacidad de ver, y solo una puede hablar. La entidad restante, es aquella cuya sangre no inunda el recinto, como si lo hace la que brota de las otras cuatro. En su conjunto, ellas son la representación física de las pesadillas que colman las noches del niño con visiones grotescas, las mismas que en solo un segundo le rodean, sin que pueda hacer algo distinto a llorar.

—No tengas miedo —dice aquella que posee el don del habla—, no tienes por qué.

Daniel sigue sin poder dar crédito a lo que ve, pero aun así intenta decir algo entre sollozos, aunque las palabras se niegan a salir de su boca, solo tartamudea.

—Supongo que un millar de dudas invaden tu ser —dice ella, sonriendo—, pero todas las respuestas aguardan en tu interior... Tú sabes quiénes somos, sabes quién soy... Yo soy tu, soy parte de ti..., temerme sería como temer a tu propio reflejo... ¿Lo entiendes?

Cambiando por completo su semblante, y asintiendo con la cabeza, Daniel se levanta, como si las palabras que acaba de escuchar tuvieran en él un efecto inmediato; se disipan uno a uno los temores, amaina su dolor, todo

tan rápido que parece imposible.

—Yo..., y... yo...

—Calma —dice la criatura, interrumpiendo los balbuceos del niño—, tu angustia es mi angustia, solo yo puedo entenderla.

La relajante voz de la entidad penetra hasta lo más profundo de su cabeza. No está seguro del porqué, pero se extingue poco a poco la necesidad de huir, y sus heridas no parecen molestarle en absoluto. Está tranquilo, tanto que se acerca hasta quedar frente a frente con ella, y la mira cauteloso, advirtiendo que tienen el mismo rostro, con excepción de las obvias diferencias.

—¿Ahora lo ves? —agrega ella, mientras el niño permanece anonadado—. ¿Entiendes que tu destino es estar junto a mí?

—¿Por qué? —pregunta Daniel con resignación, además de una calma insólita.

—Porque es tu destino, porque no puedes huir de ti mismo.

—No..., entiendo... ¿Qué quieres?

—Quiero estar a tu lado..., ahora y siempre, para que todo sea como debe ser, para que estemos completos... Soy parte de ti tanto como tú lo eres de mí, porque así ha de ser, porque tú eres la única razón de mi existir.

La niña se aproxima aún más, mientras las otras convulsionan y comienzan a fundirse en una sustancia viscosa, similar a la sangre, que se disemina por el suelo rojizo, y avanza hasta llegar a los pies de Daniel. Él no parece notarlo, pues se encuentra embelesado, viendo como los alambres en la faz de quien le habla revientan uno a uno, produciendo un sonido similar al de los truenos, y la sangre que la cubre detiene su constante flujo. Al encontrarse cerca, ella abre los párpados por primera vez, revelando sus cuencas profundas y vacías, de las que emana una intensa fragancia difícil de soportar.

—Soy tu otra mitad —dice a cinco voces—, la corrosión de tus ancestros, yo soy..., Legado.

Capítulo 3

Sintiéndose ya al borde del desespero, Adolfo continúa su búsqueda con obstinación; está seguro de haber caminado por varias horas sin un rumbo fijo, guiado por su intuición, por la simple sospecha de que el singular sonido que lo llevó lejos del consultorio tenía como propósito llamar su atención y la de nadie más. En poco tiempo esta conjetura sin fundamento se transformó en una certeza absoluta, sin que llegase a entender el porqué. Pero la agreste superficie del terreno boscoso mengua sus energías con cada paso, sus piernas tiemblan a punto de colapsar, y sus brazos se hacen cada vez más pesados. Agobiado, ve disminuir la intensidad de la única fuente de luz, y hace lo posible por regular el flujo del combustible en la vieja lámpara, entendiendo que solo si la mantiene encendida puede tener alguna esperanza de encontrar el camino de vuelta.

Mientras intenta resolver el problema de la iluminación, escucha un sollozo en las cercanías, un sufrimiento ajeno que llama su atención; no toma mucho tiempo para decidirse, suspira y sigue el endeble sonido hasta su origen. Regresa unos pocos pasos por el camino a sus espaldas, gira a la derecha, y en tan solo unos cuantos segundos se ve de nuevo en frente del dispensario, frente al cual encuentra la pequeña choza que solía ser utilizada por el desaparecido jardinero para guardar toda clase de herramientas. Sorprendido y molesto, entiende que la enorme distancia recorrida solo existió en su cabeza, pues está claro que nunca llegó a alejarse tanto como creía; pero se muestra más asombrado aún al ver en ese sitio al Niño Mudo, llorando sin consuelo, recargado contra aquel gigantesco árbol que Adolfo observaba con recelo poco antes. Tras apagar el candil y dejarlo en el suelo, el doctor se quita el abrigo para dársela al niño, quien tiritaba sin control; pero ya encontrándose cerca, Adolfo se detiene al ver que el rostro de Daniel está bañado en sangre. Regresa unos cuantos pasos, desplomándose al tropezar con una piedra. Se levanta veloz, agitado y confuso; sacude sus ropas, para luego preguntar al muchacho si se encuentra bien, procurando disimular el miedo que le embarga. De inmediato el llanto se detiene, y Daniel levanta su tembloroso puño, del que deja descolgar una joya preciada, una que Natalia siempre llevó al cuello.

En ese momento el desaparecido lamento se torna en sonoras carcajadas, llenas de malicia, que sacan de su sueño a decenas de los moradores del hospicio, que despiertan la furia del doctor, quien en la roja sonrisa del gato plateado ve la confirmación de sus temores más profundos: aquellos gritos, que por momentos creyó haber imaginado, fueron reales, fueron producto del sufrimiento de Natalia.

Perdiendo toda compostura lanza un puñetazo al niño, derribándolo de

inmediato.

—¿Dónde está?! —le grita arrebatándole el collar, viéndolo arrastrarse entre risas maniacas—. ¿Dónde carajo está?! —dice cegado por la ira, dispuesto a repetir la agresión, pero es detenido por su mejor amigo, antes de cometer lo que a simple vista parece una locura.

Gran cantidad de curiosos se hacen presentes, y la maestra Liliana Solís se apresura a revisar las heridas de Daniel, mientras la concurrencia observa horrorizada las manchas de sangre que tiñen tanto las ropas como el rostro del pequeño, creyendo que son el resultado de una salvaje golpiza propinada por el enfurecido médico.

Camilo libera al agresor cuando nota que se ha calmado un poco, y le increpa buscando alguna explicación, pero éste le da la espalda y se aleja en silencio, recargándose contra la puerta de la bodega y cubriendo su rostro con ambas manos, para luego deslizarse hasta quedar sentado e inmóvil, ante las innumerables miradas inquisidoras. El niño, perdido en su propia mente, es llevado de regreso a la enfermería, seguido por casi una decena de personas, mientras que otros permanecen frente a la bodega, discutiendo acerca de lo que debe hacerse con Adolfo. No obstante, Camilo intercede a su favor, señalando el hecho de que nadie vio lo sucedido, y pide que le permitan hablar con el ofuscado atacante antes de tomar cualquier determinación. Todos los presentes acceden a dicha petición y se marchan, mientras que el asombrado maestro intenta por todos los medios obtener alguna explicación por parte de quien se encuentra sumido en las dudas más profundas: formula pregunta tras pregunta, ayudándole a levantarse, y luego lo guía rumbo al despacho de la directora, donde espera interrogarlo con más calma. Pero solo se alejan unos cuantos metros antes de que Adolfo note unas huellas rojizas, dejadas en la tierra por la víctima de su agresión, y que provienen del depósito. Ante la sorpresa de Camilo regresa, y con un solo golpe abre la puerta del pequeño recinto, de cuyo interior surge un aroma pestilente, que junto con una terrorífica visión le hace caer de rodillas, gritando con todas sus fuerzas; su corazón se acelera mientras golpea el suelo, hasta que le sangran los nudillos, hasta que la presión en su frente se hace insoportable, y en pocos segundos colapsa. Camilo se aproxima en cuanto lo ve caer, quedando petrificado ante la macabra escena que sacó al médico de sus cabales, ante los inertes ojos de Natalia, cuyo cuerpo mutilado cuelga de una de las vigas del techo, junto al de Agustín, siendo sostenidos por un fino alambre metálico. Teniendo en frente semejante escenario clama por ayuda, aunque sus trémulos labios no emiten más que balbuceos; no tiene idea de lo que sucede, y no sabe hasta qué punto puede aquel que considera su hermano estar envuelto en el suceso más aberrante que alguna vez presenció.

La mañana siguiente llega en poco tiempo, cargada de suspicacias e interrogantes; por primera vez en casi cincuenta años las clases en el

hospicio fueron canceladas hasta nuevo aviso, y pocos se atreven a salir de sus camas, pues la incesante lluvia arrecia con una fiereza inusual. Además, el conocimiento de los sucesos del día anterior hace helar la sangre hasta de los más temerarios: la noticia de los despiadados homicidios llegó casi a todos los habitantes de la minúscula comunidad, aun cuando se hizo lo posible por ocultarla de los más jóvenes. El pánico se ha extendido, puede percibirse en el ambiente.

A causa de lo ocurrido, nadie aparte de Adolfo sintió en su interior un dolor tan agudo como el que invadió a Carmen, quien pasó la noche en una de las camillas del dispensario, tras enterarse de la muerte de Agustín. Unas cuantas horas después, la afligida directora parece reponerse poco a poco, a pesar de no contar con ningún acompañamiento, pues el único médico, y a la vez principal sospechoso de los crímenes, ha permanecido todo el día confinado en su habitación, sentado junto a la ventana, observando taciturno el espeso bosque, con las manos atadas en la espalda y ambos puños apretados, con tal fuerza que casi puede sentir como se le cuarteja la piel; espera que de alguna forma se manifieste ante sus ojos todo aquello que atormentó a Natalia en forma inmisericorde, buscando alguna revelación, por más inverosímil que pueda resultar. Ve ocultarse el sol a lo lejos, tras pasar allí todo el día, y sus pesados párpados comienzan a caer.

Entretanto, un reducido grupo vigila la improvisada prisión: de entre los veintidós maestros con los que cuenta el hospicio, se dispuso que no menos de cinco le custodiaran hasta que se lograra dar aviso a las autoridades. Sin embargo, las redes telefónicas, que colapsaron debido a las difíciles condiciones climáticas, siguen sin funcionar, situación que ha dejado incomunicado el orfanato. Esto ha propiciado un sensible aumento en la tensión entre quienes defienden al doctor, que son muy pocos, y quienes pretenden emprender el tortuoso viaje hasta el pueblo, solo para entregarlo como el brutal asesino que parece ser, aun cuando dicha travesía pueda durar más de dos días.

También existe un tercer grupo que se mantiene lejos de la discusión, ellos cercaron el almacén de herramientas con gruesas cuerdas de yute, para evitar el ingreso de los estudiantes; también llevaron a cabo la dolorosa tarea de sepultar los cuerpos, no muy lejos de allí, e iniciar la titánica labor de limpiar los rastros de sangre aún presentes en el lugar donde fueron hallados, pero el líquido vital se negó a desaparecer. Frustrados, decidieron tapizar las paredes con sábanas, para después sellar la puertezuela, esperando que nadie se atreva a entrar antes de resolver el impasse.

Mientras los enfrentamientos continúan, el único protagonista del incidente que no es tomado en cuenta permanece sentado al borde de una de las camillas, adyacente a la que sostiene con dificultad el pesado cuerpo de Carmen. No parece haber ningún pensamiento en su cabeza, la

sangre ajena que cubría su rostro ha sido limpiada y sus ropas cambiadas, pero más allá de eso nadie tiene el tiempo para atenderlo, de hecho, parece que nadie quiere estar cerca de él; lleva allí varias horas, con la vista perdida, escuchando reclamos y disputas en la distancia. Aunque no ha pasado desapercibido para todos, puesto que a solo un metro de sepulcros sin nombre reposa alguien que poco a poco se llena de sospechas. «Estabas asustada», piensa Camilo, recordando la última conversación que tuvo con Natalia.

—Pero también..., te inventabas cada tontería —mancha sus ropas al postrarse, y sus manos al arañar el lodo, humedecido por sus propias lágrimas—, debiste irte, con o sin él, estarías bien.

Le carcome la culpa, la idea de que debió hacer algo más, y una petición que se repite sin cesar: «¿Vigila a Daniel? —exhala con pesadez—. ¿Qué querías decirme?». Si algo tiene claro, es que no fue coincidencia que ella le pidiera algo así justo antes de morir, en un escenario que de una forma u otra involucró a su siniestro alumno. Está seguro de que ella había visto algo más que inusual en Daniel, puede que algo peligroso. «Dirían que estoy loco... ¿Cómo podría un niño hacer algo así?». Aquellas muertes no solo fueron el resultado de un increíble acto de maldad, también de una hazaña de fuerza que resultaría imposible para alguien tan pequeño. «Adolfo, en realidad, ¿Qué sabes? ¿Qué hiciste?». De nuevo libera un respiro al viento, para luego emprender una marcha corta pero tortuosa, además de necesaria. En menos de un minuto recorre el camino que lo lleva hasta la prisión, y no le resulta difícil persuadir a quienes la vigilan para que le permitan entrar, con la excusa de obtener información, incluso afirma ser capaz de hacer que Adolfo confiese; uno de los carceleros retira las cadenas como, y le advierte que debe dar pronto aviso al ver cualquier reacción violenta por parte del perturbado hombre. En cuanto se cierra la puerta tras de sí, Camilo desata a su amigo y toma asiento a su lado.

—¿Cómo estás? —pregunta en tono conciliador.

Adolfo sigue consternado, ignorando el cuestionamiento, con la vista fija en un punto exacto en frente de la cabaña. Así que, entendiendo que no va a encontrar una respuesta de esta forma, Camilo va directo al grano:

—La última vez que hablé con Natalia..., me pidió algo que me pareció muy extraño, pero..., ahora creo que la entiendo.

—¿Qué? —pregunta Adolfo.

—Ella..., me pidió que vigilara a Daniel... No entendí porque me pedía algo así pero, ahora siento que sabía algo..., algo que nunca nos dijo, ¿Tienes idea de lo que hablo?

Adolfo baja la vista y comienza a llorar, llevado por la frustración; recuerda que desde un principio ella le hablo de algo similar, pero siempre se rehusó a dejar que ilógicas conjeturas le hicieran perder la perspectiva, aun cuando él mismo lo vio en su momento: esa maldad tan intensa, en la escalofriante mirada que le dirigió Daniel tiempo atrás, y la cual no creyó posible que proviniera de un niño, ni siquiera de un ser humano. Ahora está más seguro que nunca de que fue él quien la asesinó, no tiene ninguna duda de ello. Camilo, por su parte, permite que Adolfo se desahogue durante unos minutos, y se inclina hacia él para abrazarlo, aunque antes de eso duda por un instante, inseguro, hasta temeroso, pues no descarta todavía la posibilidad de que sus afectos le nublen el juicio; puede que esté intentando razonar con un despiadado asesino, que se oculta tras la fachada del amigo confiable y finge llorar en su hombro.

—¿Qué pasó anoche? —pregunta el maestro, luego desvía la vista, y vuelve a su puesto—, ¿Qué hacías allí con ese niño? Ellos..., ellos creen que tú los mataste, que él lo vio todo... ¡Por dios! Algunos hasta dicen que estabas a punto de matarlo y...

—¿Y tú qué dices?

—Solo..., necesito saber... ¿Qué pasó?

—Él..., estaba, estaba llorando —responde Adolfo con dificultad—, y luego solo se reía... Lo tenía en sus manos, me lo mostraba como si fuera su trofeo, como si se sintiera orgulloso de lo que hizo...

—¿Qué tenía en las manos?

Adolfo suelta su puño derecho, el que había mantenido apretado desde la noche anterior, revelando el valioso dije.

—Ella amaba esto —solloza—, era su personaje favorito y..., tuve que pagarle a un joyero para que lo hiciera..., porque no lo encontré por ningún lado y, ella siempre quiso algo así.

—Yo sé —le da una pequeña palmada en el hombro— ¿Por eso atacabas al niño?

—Solo perdí el control, no sabía que pensar, él..., estaba tan sucio..., con..., la sangre de alguien más. Todavía no estoy seguro de lo que pasó..., es decir, es solo un jodido niño, es... ¿Cómo podría hacer algo así?

—¿No es posible que encontrara el collar en alguna parte?

—Tal vez, no sé... Pero ambos sabemos que no es alguien normal, que..., desde que llegó aquí todo ha cambiado, es que —baja la voz mientras

cierra los ojos—, ojalá se hubiera ahogado en ese río.

La versión que recibe por parte Adolfo no convence por completo a Camilo, pero le da un respiro, una forma de cuestionar lo que otros dan por hecho. Después de algunos minutos se levanta en silencio, y sale del cuarto tras darle al doctor otra palmada en el hombro, en señal de apoyo. El confundido instructor aún no consigue definir la postura que tomará cuando se reúna con algunos de sus colegas, para decidir la suerte del presunto asesino. Aunque tampoco puede ignorar lo que siente, ni lo que al parecer presentía Natalia, y el único que podría aclararle todo se encuentra aún más trastornado que el mismo Adolfo; nunca hablaría de ello, ni a él ni a nadie más.

Por otro lado, el estrés de una larga espera, y el prolongado encierro, hacen que Laura camine de un lado a otro del dormitorio, mientras algunas de sus compañeras intentan dormir, esperando el final de aquel aciago día; otras juegan con viejos dados de colores, y las más intrépidas cuentan historias de terror, ambientadas en cabañas perdidas entre la espesura. De vez en cuando, cortos gritos, seguidos de risas, relajan el ambiente, aunque para la niña del cabello castaño son una molestia, que irrumpe en su meditación. Está preocupada, no ha visto a Daniel desde el momento en que dejó aflorar sus sentimientos, llevada por alguna fuerza residente en su interior, que apenas logra comprender. En la mañana fue sorprendida por la orden de no salir hasta nuevo aviso, y el rumor de que él tiene algo que ver con tan repentino mandato acrecienta la angustia. Pasa varias horas abstraída en los múltiples pensamientos que llegan a su mente, todos son fatídicos, y todo la lleva a pensar que algo terrible ha sucedido. Al fin sucumbe ante el peso de las dudas, y toma un delgado trozo de cartón que se encontraba bajo su cama, para luego dirigirse hasta la puerta, procurando no perturbar el sueño o los juegos de sus compañeras.

Una vez afuera, corre a toda prisa, siempre cubriendo su cabeza para disminuir el impacto de las gotas de lluvia, que caen pesadas como piedras.

Aun cuando en realidad se dirige al dormitorio de los varones, se detiene de golpe al pasar junto a la enfermería, pues logra ver que Daniel se encuentra en el interior. Cambia su rumbo y se acerca a la ventana para dar unos leves golpes al cristal, mas estos minúsculos sonidos no parecen cumplir con su cometido, aunque si llaman la atención de Carmen, quien comienza a despertar con lentitud. Al percatarse de esto, Laura se oculta tras la ancha moldura del ventanal, pues está desatendiendo la orden que de seguro fue impartida por la directora. Mas esta última apenas y está consciente; se acomoda en la rechinante camilla para intentar dormir un poco más. Pero cambia de parecer al darse vuelta y encontrar la mirada del extraño muchacho sobre ella; una oscuridad casi cegadora se interpone entre ellos, solo una diminuta lamparilla junto a la ventana los

separa de la tenebrosidad, y aun así puede ver los ojos de Daniel claramente, como si brillaran con luz propia. Se levanta en forma pausada, intentando ignorar la incomodidad que le produce el pálido rostro de quien sigue cada uno de sus movimientos con rigor, y camina hasta la entrada, buscando la llave adecuada en su bolsillo. Solo siente calma al salir de allí y asegurar la puerta; toma aire, sacude la cabeza, y se marcha rumbo a su despacho, dejando a Laura el camino libre para intentar comunicarse con Daniel. Ella golpea el vidrio con insistencia, pero éste ni se inmuta, es evidente que algo le ha ocurrido y no puede entrar para verificarlo; piensa en destrozarse el ventanal con una piedra, pero desecha esta idea por temor a futuras reprimendas. En breve llega a la conclusión de que lo único razonable es buscar a la directora para pedirle que la deje entrar, así que va tras ella, dispuesta a soportar la amonestación que de seguro le espera por haberse escabullido fuera del dormitorio, después de todo, es la única forma en que podrá asegurarse de que Daniel se encuentra bien.

Carmen llega a su oficina en forma intempestiva, viéndose en medio de un acalorado debate acerca de lo que debe hacerse con Adolfo. Todos los presentes guardan silencio al verla cruzar la puerta, mas ella no presta mucha atención, continúa su camino hasta llegar al asiento tras el escritorio, donde se desploma; a nadie mira, a nadie le habla, se sume en sus propios pensamientos, sin interés alguno por participar de la discusión, que prosigue luego de unos minutos:

—Como venía diciendo —exclama el profesor Gustavo Salazar, tras un sutil carraspeo de garganta—, debemos movilizarnos al pueblo para hacerle entrega a la policía, es muy peligroso tener a un homicida tan cerca de nuestros chiquillos.

—Es apresurado —replica Camilo—, lo están condenando sin darle la posibilidad de defenderse.

—Ya ha tenido esa oportunidad, y nada dijo..., ni se inmutó al ser acusado, creo que con ello se deberían aclarar las dudas.

—Estoy de acuerdo —agrega la profesora Liliana—, pero es mejor esperar hasta que podamos comunicarnos con la policía, y esperar a que lleguen, podemos vigilarlo mientras tanto.

—Es igual —afirma Camilo—, a ustedes solo les interesa que lo encierren, pero sigo diciendo que es inocente, sigue muy confundido, tienen que entenderlo... Natalia lo era todo para él... Debe estar asustado, ¿Podrían imaginarse por solo un segundo lo que se siente ser acusado de algo así?

Liliana y Gustavo se miran el uno al otro, sin entender porque Camilo sigue defendiendo a quien consideran culpable más allá de toda duda; ella

se acerca, y en tono conciliador le dice:

—Sé que es tu amigo, pero tienes que entender que ya no es la misma persona que conocimos... No tengo idea de por qué lo hizo, pero..., no podemos dejarlo libre, entiende —suspira—, debe estar enfermo, tal vez enloqueció, no sabemos, pero mientras tanto es mejor que quede en manos profesionales.

—Te digo que él no lo hizo, ¿Por qué les cuesta tanto creerlo?

—Pues si no ha sido él, entonces ¿A quién deberíamos acusar? —pregunta Gustavo, sin recibir ninguna respuesta.

Camilo tiene cada vez más dificultades para ocultar su molestia por las posiciones de sus colegas, quienes dan por sentado el hecho de que Adolfo es un asesino, sin contemplar ninguna otra posible explicación; le resulta frustrante defender una idea que nadie secunda, la discusión que sus colegas buscan sostener no trata de la culpabilidad o inocencia de Adolfo, trata de lo que debe hacerse con el asesino desalmado que todos ven en él. «No lo hiciste, de verdad no lo hiciste —piensa, forzándose a aceptar su propia conclusión—, no tu, no a ella... Pero nadie lo cree». Mientras medita, los otros dos retoman la disputa acerca de si deben llevar al asesino hasta el pueblo, o esperar, siendo Liliana la primera en exponer su propuesta:

—Si lo mantenemos aquí al menos podemos vigilarlo, dime... ¿Qué pasaría si se lo llevan y se escapa en el camino?

—Ni que fuésemos tullidos para permitir semejante cosa.

—Di lo que quieras, pero si las llantas del camión se hunden en el barro podría correr mientras tratan de sacarlas..., o podría apagarse el motor, ese..., cacharro es muy viejo. Muchas cosas pueden salir mal.

—¿Prefieres que huya de su habitación y arremeta contra los niños?

—replica Gustavo en forma airada—. No me lo podría perdonar si algo así llegase a pasar.

—Pero no sabemos si de verdad enloqueció, pudo haberlo hecho por celos, o venganza, por algún altercado que involucró a Natalia y a Agustín.

—¿Natalia con el vetusto jardinero?

—No es... —se detiene a pensar en su siguiente palabra, con los ojos entrecerrados—, 'literal', pero no creo que de buenas a primeras se haya convertido en un monstruo que mata al que se le atraviese..., debió ser

algo personal.

—Bueno, bueno, es posible... Pero hablamos de un riesgo inmenso, es mejor echarle fuera de aquí cuanto antes.

Los dos profesores callan, pensando en la mejor solución; los argumentos de lado y lado parecen bastante convincentes, pero no demasiado como para tomar una decisión definitiva. El lugar ha quedado en silencio, cada uno de los presentes piensa con detenimiento sus próximas palabras, las mismas que deben ser concluyentes, tanto como para que sus ideas sean las que terminen por imponerse. En medio de este incómodo momento, una intromisión inesperada les toma por sorpresa:

—¿Y Niño Mudo? —pregunta Carmen.

—¿El niño? Creo que está bien..., usted debió verlo en la enfermería —responde Liliana.

—No es eso..., sino lo de anoche, él estaba allí.

—¿Allí?

—Con el doctol..., cuando los encontramos anoche.

—¿Y eso qué?

—La sangle..., no..., era de él... Las manchas de su ropa... Ninguno de los dos estaba helido, era de Agustín..., y de Natalia ¿Cómo es posible?

—¿Sugiere usted que él tiene algo que ver? —pregunta Gustavo, desconcertado—. Porque semejante afirmación sería un despropósito...

—No sé..., desde que llegó todo es difelente, nunca habíamos tenido una..., situación como esta. A..., aho... ra, nos faltan dos buenos amigos.

Camilo recupera la lucidez al percatarse de algo: lo que dice Carmen es lo mismo que escuchó por parte de Natalia en su momento, ella también notó los cambios, el ambiente tenso y los hechos inexplicables que se suscitaron desde el arribo del misterioso visitante. De hecho, llegan a su mente recuerdos de aquel día junto al río, cuando llevó a Natalia en brazos mientras que el jardinero se encargaba del niño: recuerda ese olor nauseabundo, nada propio de un ser viviente, recuerda el irrefrenable escalofrío que hacía estremecer sus huesos. En esa ocasión no lo tomó muy en cuenta, e intentó ignorarlo, racionalizarlo, pero al revivir dichos sucesos entiende que no se trataba de algo normal o irrelevante.

—No podemos pasarlo por alto —dice tras unos segundos de introspección—, hay algo muy extraño en él, deberíamos enviarlo al

pueblo.

—¡Es solo un niño! —exclama Liliana con vehemencia—. Si no lo tomamos en cuenta es porque necesita descansar... No sabemos lo que vio, no sabemos si Adolfo quería lastimarlo, es una víctima, no pueden culparlo de todo lo que está pasando.

—Eso es cierto —dice Gustavo—, no niego que los últimos días han sido un tanto desconcertantes, pero solo es coincidencia que el Niño Mudo llegase al mismo tiempo, aunque nunca se hubiese aparecido igual estaríamos encarando este penoso incidente.

—Les propongo algo —dice Carmen—, llevémoslos a los dos.

—¿Los dos?

—Podemos llevar a Adolfo y a ese niño hasta el pueblo, igual desde que apareció eso era lo que pensábamos..., hacer

—¿Está loca?! —espeta Liliana—. ¿Quiere que pongamos al pobre niño..., a viajar con ese loco?

—No estamos hablando de eso —agrega Camilo—, es claro que hay algo mal en el niño. Si lo llevamos hasta el pueblo puede recibir atención médica..., puede ver a un psicólogo... Es claro que necesita una clase de atención que no podemos darle, sería lo mejor para todos. Y Adolfo..., podría aceptar que lo llevarán si me dejan ir con ustedes, solo para estar seguro de que no haya una injusticia.

—¿Ya no te opones a que lo entreguemos? —la pregunta de Gustavo está cargada de suspicacia.

—Quiero que lo entreguemos como sospechoso, no como culpable, si hay una investigación estoy seguro de que todo se va a aclarar.

—Por mi está bien entonces, no le haría ningún mal al niño ir a un hospital verdadero.

—Ustedes solo quieren deshacerse de él —manifiesta Liliana—, no les importa que este bien, solo lo quieren lejos... No sé cómo terminamos hablando de esto.

—Te repito que no se trata de eso —corrige Camilo—, pero, no sabemos de dónde vino ni lo que le pudo pasar antes de llegar aquí, es extraño que siga sin hablar.

—¿Sabes lo que les hacen a los niños? No quiero ni imaginarme lo que

tuvo que vivir para terminar así.

—Justo por eso no debería estar aquí, necesita ayuda, una ayuda que ninguno de nosotros le puede dar... Además, si fue testigo de lo que pasó con Natalia y Agustín, debe estar más perturbado.

—Lamento decirte que tiene razón —interrumpe Gustavo, dirigiéndose a la enfurecida maestra—, es por su propio bien, necesita estar con personas capaces de lidiar con lo que le sucede, tienes que comprender.

Para Liliana es muy difícil admitir que ha perdido, la decisión está tomada, e insistir en nadar contra la corriente solo representaría una pérdida de tiempo, en el fondo sabe que es lo mejor para todos; camina hasta el sofá en frente del escritorio de Carmen, para tomar asiento y relajarse un poco, allí aspira una bocanada de aire, que exhala de inmediato con fuerza.

—Hagan lo que quieran —dice resignada.

—No te preocupes, todo ha de salir bien —exclama Gustavo en tono pasivo, para después dirigirse a todos los presentes—, bueno, ahora que está decidido, creo que no queda más que avisar a nuestros colegas, ansío partir esta misma noche.

—Si —agrega Carmen—, cuanto antes mejor.

Transcurren algunos momentos de absoluta quietud, como si todos se prepararan mentalmente para la travesía, y luego salen del despacho, dispuestos a hacer los preparativos. Tras una pequeña discusión deciden que Camilo debe ir directo a la enfermería en busca de Daniel; Gustavo, por su parte, intentará poner en marcha el vehículo del difunto jardinero; mientras que Liliana comunica las decisiones a quienes custodian al doctor. Carmen sin embargo, regresa a su lugar, esperando hasta el momento en que solo le acompañe la soledad. Entonces toma una botella de whisky de su gaveta, y con el ánimo de honrar a quien solía compartir la bebida con ella, hace un brindis silencioso, retomando la costumbre de narcotizarse hasta perder el sentido, con el fin de dejar atrás las penas que la agobian.

Unos pocos minutos después, en la habitación que una vez perteneció a Natalia y Adolfo, todos están nerviosos y asombrados; no se explican cómo pudo el asesino liberarse de las ataduras con las que creyeron haberlo contenido, para después huir sin que nadie lo notara. Resulta aterradora la idea de que vuelva a atacar, sobre todo si se trata de alguno de los niños; las mismas personas encargadas de vigilarlo ahora se ven forzadas a buscarlo. Saben que no pueden perder tiempo, deben

apresurarse, hallarlo antes de que ocurra algo más que lamentar.

Mientras tanto, Adolfo se abre paso en medio de la maleza, camuflado por la noche y la fuerte tempestad; se dirige a su antiguo consultorio, con un único objetivo: matar a Daniel. Ya no hay dudas al respecto, sabe que todo comenzó con su aparición, y sabe que no es alguien normal, pues desde el primer instante vio infinita maldad en su mirada. Es consciente de que, sin importar lo que haga, será culpado por la muerte de Natalia, y la de Agustín, por ello ya no hay nada que lo detenga; si está destinado a pasar el resto de sus días en una cárcel, entonces debe acabar con el verdadero culpable antes de ser apresado. «No es un niño, no es un niño —se repite una y otra vez mientras avanza—, es un monstruo».

A toda prisa y ya sin preocuparse por la lluvia, que es más intensa que nunca, corre Laura de regreso al dispensario, con una sólida piedra en la mano y dispuesta a todo para evitar que la separen de Daniel, pues escuchó que iba a ser llevado al pueblo, junto con Adolfo, aunque no pudo entender el porqué. Palabras como 'sangre' y 'loco' bailan en su cabeza, y no deja de preguntarse qué fue lo que ocurrió con Natalia. «Está muerta», le había dicho alguien, y ella creyó que solo pretendía asustarla, pero ahora, ya no puede aseverar nada.

En cuanto llega, toma impulso para destrozar el vidrio, pero se detiene al ver que otra de las ventanas ya ha sido destruida. Con gran curiosidad observa los cristales desperdigados por todo el suelo, y al ver en el interior del consultorio nota con preocupación que se encuentra vacío. Se dispone a entrar para examinarlo más a fondo, pero un sonido proveniente de la parte trasera de la construcción captura todo su interés: se trata de algo similar a una voz, aunque más bien podría ser un gemido, suave y prolongado, similar al ronroneo de un gato. Camina hasta allí con cautela, y al dar vuelta en la esquina logra divisar a quien buscaba con empeño. Él está en frente del depósito donde fueron encontrados los cuerpos, empapado, y la llama agitando el brazo izquierdo, mientras que con la mano derecha sostiene una lámpara de queroseno, cuya luz fluctúa errática. Su presencia tranquiliza a la pequeña, pues a diferencia de otros, no tiene razón para desconfiar de él, y mucho menos para temerle. No duda ni un segundo en acercarse y hablarle de todo lo que escuchó en la oficina; Daniel la observa con cierta frialdad, pero en cuanto ella concluye su relato, sonrío diciendo con un inusual aire de confianza en sus palabras:

—Tranquila, todo va a estar bien.

Luego la toma de la mano con toda delicadeza, y la guía al interior de la vieja choza, pasando por debajo de las cuerdas que se pusieron para cercar el lugar. Daniel se sienta contra una de las delgadas columnas que soportan el techo, y deja el candil a un costado, luego le indica a Laura que tome asiento a su lado, y ella lo hace, un poco nerviosa, pero aún con

una absoluta confianza en él. No obstante, en cuanto toca el suelo percibe un aroma putrefacto, expelido por unas sábanas viejas y de color rojizo que se encuentran en el lado opuesto del recinto; por un momento piensa en levantarse para investigar, pero Daniel la abraza, y con la mano posa la cabeza de Laura sobre su hombro.

—Nos ocultaremos aquí —le dice.

—¿Y si nos encuentran? —pregunta ella.

—No pienses en eso, solo duerme, en algún momento se cansarán de buscar.

Laura no consigue dejar de pensar en los enigmáticos sucesos que en solo un día transformaron las rutinas de San Sebastián, ni en el penetrante y desagradable olor que les rodea, o la actitud tan diferente que muestra Daniel. «¿Qué hay debajo de esas sábanas?», se pregunta con insistencia. Pero todo ello pasa a un segundo plano cuando un agotamiento repentino se apodera de ella. Como si las palabras de Daniel hubieran tenido algo que ver con esta somnolencia, no tarda en olvidarse de las dudas y caer en un sueño profundo. Él le acaricia el cabello y la observa, con las ideas más siniestras pasando por su mente. No está seguro de lo que le ocurre, desde su encuentro con aquel supuesto demonio ha perdido la conexión con la realidad, desde entonces ha vivido rodeado de todo aquello que antes le perseguía en sueños, todas las siniestras sensaciones que lo hacía sentirse intranquilo; ahora, eso mismo le relaja, como si fuera su elemento, como si perteneciera a las sombras. Sin embargo, a pesar de la confusión reinante en su ser, tiene una cosa muy clara y presente: nunca dañaría a Laura, es la única persona que en verdad le importa en el mundo, la única que quiere proteger a toda costa, aun cuando deba sacrificarse a sí mismo para lograrlo. Pero las fuerzas le abandonan, y antes de que pueda notarlo se encuentra de regreso en un conocido lugar, donde ninguna luz irrumpen. Está acostado boca arriba, inmóvil, mientras el demonio que tiene su mismo rostro se arrastra, subiéndole por las piernas, y dejándolo empapado con la sangre que no deja de brotar de su cuerpo sin piel. En el momento en que se ven frente a frente, la bestia lo abraza con pasión, susurrando en su oído:

—ahora..., seremos uno.

Luego extiende sus fauces, dando un grito aterrador, y despedaza el cráneo del niño con un poderoso mordisco. En ese instante despierta, aturcido, encontrándose en la misma choza donde le venció el sueño minutos atrás, junto a Laura, quien aún duerme sin preocupaciones, recostada contra su pecho. Casi no puede respirar, siente un desconocido e insaciable deseo, algo que solo entiende cuando posa sus ojos en la niña. Ella despierta de golpe cuando Daniel se aparta, sintiendo como él toma su brazo con gran sutileza, y parece querer arrastrarla, pero no se

preocupa por ello, ni lo entiende tampoco, puesto que todavía no ha reaccionado del todo. Solo hasta sentir un agudo e inconmensurable dolor, que la estremece por completo, recupera el sentido, y casi por reflejo da un rápido giro con el que patea por accidente el candil que se encuentra a su lado. El cristal del mismo revienta, desatando fieras llamas, que con el repentino fulgor obligan a Daniel a liberar de sus mandíbulas el brazo de la pequeña Laura, quien retrocede arrastrándose entre gritos y lágrimas, hasta que se ve arrinconada contra una pared. Continúa llorando mientras aquella bestia que la atacó se levanta sonriente, y se aproxima relamiéndose, cual salvaje depredador que ha encontrado a su presa; sus dientes fueron reemplazados por colmillos, sus dedos por garras, y su voz por gruñidos. Laura mira en todas direcciones, buscando sin éxito alguna posible ruta de escape, pero allí solo hay nubes de humo, y en el suelo una pequeña navaja con mango de madera, casi como si el destino la hubiese dejado allí para ofrecerle una oportunidad. Asustada, toma el arma, y sin poder controlar el temblor de sus manos la empuña, advirtiéndole al agresor que retroceda, pero éste sigue adelante haciendo caso omiso a las súplicas de la muchacha, quien le ruega entre sollozos que no se acerque más.

—No tengas miedo —dice la bestia al encontrarse a escasos centímetros de ella. La toma de los hombros, para evitar que se mueva, y extendiendo sus fauces se dispone a desgarrarle el cuello. Ella cierra los ojos, y lanzando un golpe seco atraviesa el pecho del demonio con la diminuta hoja. Él se detiene, retrocede un paso, y observa pasmado el pequeño puñal que sobresale de su cuerpo, después lo extrae con un fuerte tirón, para luego incrustarlo en el vientre de Laura, quien lanza un grito mudo, tan fugaz como el dolor producido por la fatal herida. El entorno se hace difuso, su joven vida se extingue, se consume en medio de las llamas, en frente de la impávida mirada de una criatura desalmada. En solo un instante desaparece toda sensación distinta al desconcierto, no puede entender o siquiera creer lo que está ocurriendo, solo se hace una pregunta, una que se cuela entre sus labios moribundos:

—¿Quién eres? —masculla, luego levanta su oscilante mano para posarla sobre el rostro de la bestia, y preguntar mirándole con sus ojos claros—: ¿Qué..., eres?

Después de esto pierde el conocimiento y se desploma sobre el demonio, cuya sonrisa se ha extinguido, cuyas lágrimas le resbalan por las mejillas mientras el viejo puñal resbala de sus palmas. Cae de rodillas con su víctima en los brazos. «¿Qué soy?», se pregunta mientras tiembla atemorizado, como si recién despertara de una pesadilla. Observa el entorno que se encuentra saturado por el fuego, y la intensa humareda que este provoca, luego, ve a Laura agonizante en sus brazos, e intenta despertarla, pero no reacciona; un grito de auxilio es su única esperanza,

lo único que puede hacer, mientras ella se desangra con rapidez.

Entre tanto, y mientras otros buscan algún rastro dejado por el presunto asesino, Camilo se ve en una difícil situación al encontrarse de frente con él. Minutos atrás había llegado hasta la enfermería en busca de Daniel, pero no lo encontró, y dedujo al ver los trozos del ventanal que no lo hallaría allí. Pero tenía que estar seguro, así que entró en el baño, que es la única habitación dentro del dispensario. Desde allí, observó una escena dantesca, a través de la ventanilla junto a un sucio espejo, que apenas y reflejaba su gesto de sorpresa ante las llamas que calcinaban el secuoya, sin que el incesante golpe de la lluvia las hiciera menguar; se alzaban como garras alrededor del gigantesco árbol, y provenían del depósito de herramientas. A toda prisa corrió hacia la puerta, pero al encontrarse allí con Adolfo, se detuvo pasmado.

Algunos minutos de un silencio premonitorio son necesarios antes de que alguno de los dos se atreva a hablar. En este corto plazo, el profesor tiene tiempo suficiente para hacer varias deducciones que, por increíbles que le resulten, parecen ser correctas.

— ¿Qué hiciste? —dice con un hilo de voz, indignado y enfurecido, al llegar a la conclusión de que su hermano es culpable de los asesinatos, el que hubiera entrado al depósito para incinerarlo parece ser prueba de ello.

—¿Dónde está? —pregunta Adolfo, ignorando el interrogante del maestro.

Sin distraerse un solo instante, y siempre alerta ante cualquier movimiento repentino, Camilo pregunta:

—¿Quién?

—Sabes bien de quien hablo... ¿Dónde está el niño?

—¿Qué quieres con él? ¿Qué te..., qué te pasó? ¡¿Por qué los mataste?!

Ante el interrogatorio, que le demuestra que incluso su hermano lo considera un asesino, Adolfo da media vuelta y se dirige hacia la salida. Camilo se dispone a ir tras él, pero un haz de luz, seguido por un fuerte estruendo, los separa al caer el enorme árbol sobre el consultorio, atravesándolo de lado a lado. Fue tan rápido que ninguno de los dos lo vio venir, y tan fulminante que a decenas de kilómetros se escuchó como si hubiese sido una explosión, estremeciendo la tierra en los alrededores.

En medio de los escombros, el doctor se levanta con gran dificultad, mareado pero ileso, tambaleándose, hasta que recuerda a Camilo. Grita su nombre varias veces, sin encontrar respuesta alguna; busca la forma de llegar hasta él, pero el infierno que se ha desatado resulta cada vez

más sofocante, las llamas que consumen el tronco se diseminan sin control, allí solo hay caos.

Las refrescantes gotas de lluvia empapan sus ropas, y disipan el humo, ayudándole a respirar mejor, a pensar mejor, y a percatarse de una realidad: la maligna presencia que el río llevó hasta el orfanato de San Sebastián ha cobrado otra vida; primero fue su prometida, ahora su hermano, aquellos que le enseñaron lo que significa tener familia perecieron, y el responsable sigue asechando, oculto tras el rostro de un inocente. No permanece mucho tiempo contemplando como la conflagración le arrebató al último de sus seres queridos, pues con un fugaz vistazo, y casi por azar, nota sobre el fango las marcas de pequeñas huellas, que solo pueden pertenecer a un niño. El rastro es difuso pero notorio, y se dirigen hasta la bodega. El fuego abrasador la consume, por lo que llega a pensar que no encontrara nada allí, sin embargo, proveniente del interior puede escuchar el sonido de un lamento inconfundible, un pedido de auxilio envuelto en lágrimas, de una voz que ya había escuchado antes. Está convencido de que se trata de Daniel, llorando, clamando por ayuda como si en verdad fuera una criatura indefensa. Sin pensarlo dos veces toma un trozo de madera de entre los restos del consultorio, verifica su solidez al chocarlo contra el suelo, y avanza dispuesto a finiquitar el asunto, dispuesto a acabar con la bestia de una vez y para siempre.

Con un fiero puntapié derriba la débil entrada, sin que Daniel pueda notarlo, pues se encuentra sumido en la pena y el desasosiego. Adolfo se aproxima sosteniendo el arma elegida para segarle la existencia; no tiene pensado intentar razonar con él, ni mostrar piedad, será tan cruel como cree que fue el demonio con sus víctimas. Sin embargo, todo cambia cuando el niño logra verle, y halando la bota de su pantalón le ruega que lo auxilie. Adolfo levanta la maza, para asestar un golpe mortal. «No es un niño, no es un niño», Daniel baja la cabeza, como si aceptara el castigo, del todo indefenso. «Quiere engañarme», los dedos del doctor se desprender poco a poco de la madera, incapaces de asirse a ella con firmeza. «¿O es que..., de verdad todo esto es mi culpa?». Ya no puede hacer su movimiento, ya no siente capaz de quitar una vida. Luego, ve el cuerpo de Laura, y la sed de venganza que lo guió hasta allí desaparece. Deja caer el improvisado garrote y aparta a Daniel, para verificar el estado de la niña, notando al poco tiempo que ya es tarde; la pequeña que creaba fantasías alrededor del pasado perdido, ha muerto.

Adolfo se lamenta en silencio, ante la mirada expectante del niño, sintiendo que debería hacer algo más para intentar salvarla, pero al percibir que los espesos humos penetran sus pulmones entiende que no puede quedarse allí. Mira a Daniel a los ojos, como si en ellos pudiera encontrar algún indicio de lo que debe hacer, mas solo hay nuevas

preguntas, dudas e ingenuidad.

Se levanta cabizbajo, retrocede un poco, y sin mediar palabra toma al niño para huir llevándolo sobre el hombro, mientras que este, entre la consternación y la ira, le grita que regrese, haciendo un gran esfuerzo por liberarse. El médico sigue adelante, desatendiendo esa exigencia, consciente de que no hay razón para regresar. Sin embargo Daniel no desiste, en medio del caos aún puede ver los ojos de Laura, mirándole con ternura mientras apenas respira, extendiendo el brazo como si pretendiera alcanzarle; puede incluso escuchar su voz, llamándolo a pesar de que el sonido es eclipsado por la tempestad. Pero no es más que una ilusión, su mente lo engaña, dándole esperanzas irreales, haciéndole creer que puede recuperarla, por ello continúa gritando su nombre, sigue empeñado en alcanzarla al mismo tiempo que es alejado de la pequeña choza que sucumbe ante las rugientes llamas, llevándosela para siempre.

Los antes desolados pasillos del hospicio se han convertido en un pandemónium, todos corren en diferentes direcciones, intentando salvarse de la voraz conflagración que se disemina como si la lluvia fuera el catalizador de su avance; ya nadie se preocupa por Adolfo, ni por los asesinatos. Algunos hacen lo posible por salvar a los niños, que en su mayoría se encuentran atrapados en los dormitorios hechos para protegerlos. Otros huyen, internándose en los espesos bosques, esperando llegar tan lejos como para sentirse a salvo. Tanto los infantes como los mayores perecen en medio del sofocante infierno que el destino ha llevado hasta ellos, del cual muy pocos logran escapar, y entre estos últimos se encuentran el Niño Mudo y el Médico Asesino, pues al ver la oportunidad Adolfo aborda el viejo camión que se había dispuesto para llevarlo hasta el pueblo. Deja en el asiento delantero al pequeño, quien se muestra calmado, y luego destroza la cubierta que resguarda los cables que debe utilizar para encender el vehículo. En principio no parece funcionar, por lo que persiste furioso, una y otra vez, hasta que un súbito destello, seguido por el rugir del motor, le devuelve la esperanza.

Está listo para marcharse, pero se detiene ante el cruel espectáculo que observa tras de sí, ante la humareda que colma el lluvioso cielo nocturno, acompañada de estrepitosos lamentos. Por un momento siente el impulso de regresar y ayudar a quienes se encuentran atrapados en los dormitorios, pero temiendo ser culpado por el gran incendio, al igual que por cada deceso ocurrido en el orfanato, ingresa en el camión. Posa sus manos sobre el volante sin decidirse todavía, lo golpea para descargar la furia que siente hacia sí mismo por tomar la cobarde decisión que habría de atormentarlo por el resto de sus días, y pone en marcha el viejo armatoste.

Está bastante alterado, y acelera cada vez más, buscando huir de sí mismo, pero entonces recuerda que no viaja solo. Se calma despacio, controlando su respiración procura conducir con mayor cuidado, suspira, y

luego le pregunta al niño con cierto recelo:

—¿Cómo estás?

—Bien —dice éste—, solo..., cansado.

Esta respuesta sorprende al doctor, puesto que nunca antes había hablado con él, nunca antes cruzó palabra alguna con quien era atormentado por un demonio, cuya presencia desapareció con solo unas palabras de Laura. Es entonces cuando Adolfo logra entender que no todo se ha perdido, pues salvó la vida de al menos uno de los niños; ahora están juntos, y solo se tienen el uno al otro. No obstante, no sabe cuál será el siguiente paso, y ni siquiera está seguro de qué hacer con Daniel, incluso, por un instante, piensa en abandonarlo a su suerte, o quizás buscar otro orfanato en el cual puedan cuidar de él. En su cabeza tan solo hay dudas, odio y tristeza, no puede tomar una decisión, solo guarda silencio y se sumerge en su propia confusión, girando el volante con una mano mientras que con la otra enrolla en el espejo retrovisor el collar que guardaba en su bolsillo.

Entre tanto, Daniel observa el camino a través de la ventana, con toda tranquilidad, sin pensar en nada de lo ocurrido. Los recuerdos más antiguos que alguna vez en su vida evocará le traerán hasta este momento, cuando se encuentra junto a quien en el futuro llamará padre, viajando en calma, recorriendo un camino que parece infinito, sin un pasado a cuestas ni un claro porvenir. Así, el pequeño Daniel Fonseca cierra los ojos, siendo mecido por el constante movimiento del vehículo; en cuanto los abra, se encontrará en un nuevo mundo, un lugar donde la miseria, el miedo y el sufrimiento, no volverán a hostigarlo. Al menos, hasta el día en que su destino lo alcance.